

BOLSIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

así mueren los espías

KEITH LUGER



SS

SERVICIO SECRETO



KEITH LUGER

ASI MUEREN LOS ESPIAS

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1.380
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 46.603 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: enero, 1977

© Keith Luger - 1965

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.283. - La historia de Bill *el Melenas*.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.376. - Rifi en Miami.
- En Colección BÚFALO SERIE ROJA:
967. - El Oeste en llamas.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
729. - La venganza.
- En Colección KANSAS:
657. - Mala hierba nunca muere.
- En Colección BRAVO OESTE:
581. - Tres hombres van a morir.
- En Colección PUNTO ROJO:
767. - El coleccionista de mujeres.
- En Colección CALIFORNIA;
752. - La historia de Buby *el Llorón*.
- En Colección ASES DEL OESTE:
921. - Una mujer sin escrúpulos.
- En Colección COLORADO:
610.- ¡Lucha por tu vida, gringo!
- En Colección HÉROES DE LA PRADERA:
368. - Un forastero en apuros.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
82. - La chica del rifle de oro.
- En Colección BÚFALO SERIE AZUL:
5. - Asesino Murray.

CAPÍTULO PRIMERO

Los dos hombres descendieron del auto negro.

Uno era alto, un poco cargado de hombros, de cabello negro, y el otro rubio, más bajo, pero con una figura de atleta.

Los dos vestían trajes de buen paño.

A la izquierda estaba el *bungalow* adónde se dirigían.

Cruzaron el jardín y subieron al porche.

El más bajo miró a su alrededor y luego a su compañero. Le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

El alto no se había movido. Ahora levantó el brazo y apretó el timbre.

Dentro se oyó un carillón.

Pasaron quince segundos, y al fin, la puerta fue abierta por un hombre de unos cincuenta años, de frente abombada, mejillas flácidas y ojos de un color verdoso.

—Buenos días, señor Metzger —dijo el alto—. Queremos hablar con usted.

Antes de que Metzger pudiese decir nada, el rubio se metió en la casa. Junto a él, y a continuación lo hizo su compañero.

Metzger había retrocedido y el alto cerró la puerta.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Metzger.

—Dos periodistas —contestó el alto.

—¿De qué periódico?

—De uno de Nueva York... ¿Está usted solo en la casa?

—Sí... Pero ¿qué es lo que quieren?

—Hacerle una entrevista.

Metzger inició una sonrisa.

—No comprendo.

—Usted tiene muchas cosas que contar, señor Metzger.

—Soy un ingeniero retirado y mi vida ha sido muy vulgar.

—Pero, como ingeniero, estoy seguro de que usted corrió

muchas aventuras.

—Un ingeniero no corre aventuras. Hace su trabajo, y le aseguro que hay mucha ratina en ello.

—Como en todo —dijo el rubio, que hasta entonces había estado callado.

El alto señaló el *living*.

—Entremos ahí, ¿quiere, señor Metzger?

—¡Oh, sí! Pero ya les he dicho... —empezó a decir Metzger.

Pero se interrumpió al ver que ya el alto había entrado en el *living*.

El rubio se había quedado a su lado.

Miró a éste y vio que le sonreía.

—Ande, señor Metzger, sea un buen anfitrión... ¿No se dice así?

Metzger sacudió la cabeza y entró en el *living*.

El alto ya se había sentado en un sillón.

—¿Qué van a beber? —preguntó Metzger.

—Nada. No bebemos nada.

El rubio estaba dando una vuelta por la habitación observándolo todo.

Apartó los visillos de la ventana y miró fuera.

—¿Se lleva bien con sus vecinos, señor Metzger? —preguntó sin mirar al interrogado.

—Como ven, esta casa está un poco alejada de la de los demás —contestó Metzger—. Me gusta la soledad.

—Eso está bien —contestó el rubio.

Metzger estaba en pie.

—Bueno —dijo—. Ahora recuerdo que no dijeron sus nombres.

—Yo le daré nuestros nombres —contestó el alto—. Yo soy el Número 1 y éste es el Número 2.

Metzger abrió la boca en un gesto de sorpresa.

—Imagino que esto es una broma.

—¿Usted lo cree?

—Digan de una vez qué es lo que quieren...

Ninguno de sus visitantes contestó.

El rubio se había detenido junto a una mesa y estaba observando un cenicero.

Era un cenicero muy original. Una mujer desnuda que con su mano derecha sostenía un cántaro, donde se echaba la ceniza.

El alto carraspeó.

—Bien, señor Metzger, empezaremos la entrevista... ¿Cuál es su nombre?

—Rudolph Metzger, usted lo sabe.

—Pero antes tuvo otro.

—¿Eh?

—Me oyó bien, señor Metzger. Quiero que me diga su nombre verdadero.

Metzger empezó a palidecer.

—Yo le diré su verdadero nombre, señor Metzger —dijo el alto—. Usted es Serse Ivanov. ¿Está conforme?

Metzger tragó saliva.

—¿Qué más saben de mí?

—Muchas cosas, señor Ivanov. Por ejemplo, sabemos que usted fue agente del contraespionaje ruso, desde 1943 hasta 1962... Corríjame si me equivoco.

Metzger fue a meter la mano en el batín.

—No haga eso —dijo el rubio.

—Sólo quiero sacar el pañuelo.

—¿Por qué? ¿Está resfriado?

—No.

—Entonces, ¿para qué necesita el pañuelo?

—Transpiro mucho.

—¿Por dónde?

—Por las palmas de las manos.

El rubio dejó la figura en la mesa y se acercó por detrás a Metzger.

Le palmeó los bolsillos, los costados y siguió hacia abajo, hasta los zapatos.

Al levantarse, dijo:

—Ya puede sacar el pañuelo, señor Metzger.

El exagente del contraespionaje ruso sacó un pañuelo y lo apretó contra la palma de la mano izquierda.

—¿Cuál es el objeto de su visita?

—Eh, señor Metzger —dijo el alto—. Tiene mala memoria. El Número 2 y yo somos los que hacemos las preguntas.

—Esto es absurdo.

—¿Se lo parece a usted?

El rubio se echó a reír.

—Eh, Número 1, ¿cuántas veces hemos oído la misma frase...? ¿Veinte? ¿Cuarenta? ¿Sesenta?

—Yo no llevo la cuenta.

El rubio soltó un gruñido y se acercó otra vez a la mesa. Puso de nuevo la yema del dedo sobre el busto de la figurita.

—Señor Metzger —dijo el alto—, ¿dónde estaba usted el 3 de febrero de 1962?

—¿Eh?

—El 3 de febrero de 1962.

—No recuerdo.

—¿No lo recuerda o no lo quiere decir?

—Ha pasado mucho tiempo... Tengo mala memoria.

—¿Tiene mala memoria y fue agente del contraespionaje? ¿No le parece una tontería?

—Fue por lo que pedí el retiro.

—Entiendo. Le falló la memoria y le dijo a su jefe: «Eh, oiga, ya no puedo recordar ni una palabra de las misiones que usted me confía. Será mejor que se busque a otro». —El alto hizo una pausa—. ¿Fue eso lo que le dijo?

—Algo parecido.

El rubio se apartó de la mesa donde estaba el cenicero que había llamado su atención. Con voz festiva dijo:

—Hay muchos remedios para los que se resienten de la memoria. A algunos, les dan fósforo... Ya sabe, pildoritas... Pero también hay otros remedios. Los doctores son unos tipos grandes sacándose de la manga medicinas de esas que sirven para que un tipo lo recuerde todo... Yo también soy un doctor. ¿No lo sabe? Soy el doctor Número 2. Y yo le diré por qué. Porque también tengo un remedio para los que tienen la memoria floja...

Ya había llegado junto a Metzger.

Le soltó un puñetazo con la derecha.

Fue tan rápido que Metzger recibió el golpe en plena cara.

Se tambaleó y cayó en la alfombra.

El rubio se miró los nudillos, pero él no había sufrido ningún daño.

—Tiene el rostro duro, Metzger —dijo—. Creí que me había partido un hueso.

Metzger quedó sentado en el suelo y sacudió la cabeza.

—No debió hacer eso —dijo.

El rubio le sonrió.

—Soy el doctor Número 2. Ya se lo he dicho. Lo puse en tratamiento... ¿Qué tal ahora su memoria?

Inmediatamente, el alto dijo:

—¿Dónde estaba usted el 3 de febrero de 1962?

—En Estocolmo.

—Vaya, por fin lo dijo.

El rubio regresó a la mesa.

Se agachó sobre la figurita para observarla más detenidamente y pareció desentenderse del diálogo entablado entre su compañero y Metzger.

El alto tenía los ojos fijos en el rostro del hombre que interrogaba.

—¿Cuál era el motivo de su viaje a Estocolmo?

—Tenía unas vacaciones, y decidí pasarlas allí.

—¿Por qué?

—Había conocido a una sueca. Me gustaba.

—Una sueca, ¿eh? Son hermosas las suecas, ¿verdad, Número 2?

El rubio volvió la cabeza.

—A mí no me gustan, Número 1.

—¿Por qué no, Número 2?

—Son demasiado grandes...

—Sí, eso es verdad —dijo el alto—. Pero ya lo ves, a Metzger le gustaba una sueca de ésas, aunque quizá no era grande. Dígale usted, Metzger... ¿Era grande su sueca?

—Sí, bastante.

—¿Cómo se llamaba?

—Ingrid.

El rubio se echó a reír.

—Casi todas las suecas se llaman Ingrid.

—No todas, Número 2. —Opuso el alto—. Pero nuestro amigo el señor Metzger se enamoró de una Ingrid, y eso es lo que cuenta, ¿verdad, señor Metzger?

Metzger se limpió la transpiración de la otra palma.

—No les entiendo a ustedes.

—¿Qué es lo que no entiende?

—¿Adónde quieren ir a parar?

—¿Dónde está su Ingrid?

—Pasamos unos días juntos.

—¿Y luego?

—Me separé de ella.

—¿Ya no la volvió a ver?

—No, señor.

—Está mintiendo, Metzger. Y ahora me demuestra que es un ingenuo. Resulta increíble que usted haya sido un agente del contraespionaje ruso... Le voy a decir algo más. Fue uno de los mejores. Sin embargo, se está comportando ahora como un colegial, como uno de esos tipos que usted tenía que sonsacar.

—Ya les he dicho que dejé el contraespionaje.

—Pero sólo han pasado tres años... ¿Sabe usted qué día es hoy, señor Metzger?

—Sí, desde luego.

—Dígalo, ¿qué día es hoy?

—27 de setiembre de 1965.

—Se equivoca. Ayer fue 27 de setiembre. ¿Qué día es hoy? Dígalo, maldita sea.

—Veintiocho.

—Eso es, veintiocho. Ahora le haré otra pregunta... ¿Dónde está Ingrid, su Ingrid?

Metzger cerró los ojos y los volvió a abrir.

Ya no transpiraba sólo por las palmas de las manos.

En su frente se habían formado pequeñas gotas de sudor.

—Me casé con ella.

—¿Dónde?

—En Estocolmo.

—¿Qué te parece, Número 2? —preguntó el alto.

—Malo, muy malo... El matrimonio siempre es un problema.

—¿Estuviste alguna vez casado?

—No, porque nunca quise tener un problema de esa clase...

—Bien hecho, Número 2.

Metzger habló con rapidez.

—Oigan, no sé a qué han venido aquí, pero Ingrid puede regresar de un momento a otro.

—De modo que, viven aquí los dos.

—Sí.

—Éste es su nido.

El rubio se echó a reír estremeciendo los hombros.

—Un nido de amor. Es hermoso, y romántico.

El alto dio un suspiro.

—Ingrid no puede venir aquí, señor Metzger... Se marchó a Estocolmo. Tomó un avión esta mañana... Va a ver a su madre que está muy grave... Ella recibió un telegrama.

—Sí, es cierto, pero ¿cómo lo saben ustedes?

—Tiene muy poca imaginación, señor Metzger.

El exagente ruso parpadeó.

—¿Quieren decir que ustedes mandaron ese telegrama a Ingrid?

—Nosotros no. Digamos que sólo se envió por mediación nuestra.

—Eso es una canallada.

—No se altere, señor Metzger. Se supone que un nombre como usted no debe perder la serenidad.

—¡Pero eso que le han hecho a Ingrid es miserable!

—Silencio —le interrumpió el alto.

Por la cara de Metzger corrían ríos de sudor.

—¿Qué buscan?

—Ahora lo sabrá, señor Metzger.

El alto metió la mano bajo la axila y sacó una pistola.

El rubio estaba inclinado sobre la figurita desnuda y se enderezó.

También sacó una pistola.

—¿Qué significa esto? —preguntó Metzger.

—Hemos venido a matarlo, señor Metzger.

—Pero ¿por qué?

—Tiene que morir, y eso es lo que al Número 2 y a mí nos importa.

—¿Quién los envía?

—Eso es algo que usted debe deducir.

Metzger sacudió la cabeza.

—No lo comprendo.

—Ya dijo muchas veces eso desde que llegamos aquí señor Metzger.

Las dos pistolas apuntaron a Metzger.

—Esperen un momento...

El alto y el rubio no dijeron nada.

Metzger tartamudeó:

—Oigan... Ya les he dicho que no trabajo en nada... Estoy aquí fuera de la circulación... No hago daño a nadie, se lo juro...

Vio la cara de sus dos visitantes.

Parecían esculpidas en granito.

—¿Es que no me oyen? Me he convertido en un hombre inofensivo... No molesto a nadie... Se lo aseguro... Vivo aquí en esta casa, con Ingrid... Sólo pensamos en nosotros... Hasta ahora no hemos tenido un hijo, pero lo tendremos algún día, dentro de un año o de dos...

—Es increíble —dijo el alto—. Usted fue un as, un tipo con agallas, y ahora se comporta como una víctima cualquiera, como un ser vulgar. Lo leí en un libro de filosofía. Todos los hombres son iguales ante la muerte. Reaccionan, tienen miedo...

—Sí... Lo tengo... No se equivoca... Pero ésta sería una muerte estúpida... Quiero a Ingrid... Vivimos felices. Debo morir de vejez. No tengo ninguna enfermedad. Ustedes lo comprenden... No me metí en nada...

El alto apretó el gatillo.

Sonó un estampido.

Metzger recibió el impacto en el pecho y retrocedió tambaleante.

Abrió mucho los ojos.

—Es una muerte estúpida... —repitió.

El rubio disparó dos veces.

Metzger aulló porque las dos balas le penetraron en los intestinos.

Cayó en la alfombra.

Pero todavía no estaba muerto porque levantó la cara, donde reflejaba un pánico indescriptible.

—No debo morir... Ustedes no tienen derecho a matarme... No lo tienen...

El alto disparó por segunda vez.

El proyectil se hundió en el pecho de Metzger y le hizo golpear las espaldas contra el suelo.

Se estremeció débilmente y finalmente quedó inmóvil boca

arriba.

Sus ojos habían quedado abiertos.

—Vámonos, Número 2 —dijo el alto.

—Sí, ya nos podemos ir.

El rubio guardó la pistola en la axila y se acercó a la mesa en donde estaba la figurita de la mujer desnuda.

Se agachó sobre ella y la besó en la frente.

Entonces, los dos hombres salieron de la casa.

CAPÍTULO II

Raymond Duc, agente del *Deuxième Bureau*, acercó su boca a la cara de la joven que estaba tendida en el diván.

La besó en la frente.

Ella hizo un hociquito con los labios.

—Cariño, ese beso no me gustó nada —dijo.

Raymond bajó entonces su boca y la besó en los labios.

—¿Qué tal ése, Irina?

—Estupendo.

Raymond la volvió a besar y ella enroscó sus brazos en el cuello varonil.

Cuando él apartó su cara, Irina se despezó diciendo:

—Eres maravilloso, Ray.

—¿Más champaña?

—¿Quién piensa en eso ahora?

Se encontraba en el *living del apartamento de Raymond Duc, en París*.

Las luces habían sido sabiamente dispuestas.

El tocadiscos estaba en movimiento y los altavoces interiores desparramaban una música lánguida, muy de acuerdo con el escenario y la situación de los personajes.

—Cariño —dijo Irina—, ¿vas a dejar que me case con ese tonto?

—No tengo más remedio.

—Eres un canalla, Ray. ¿Es que no sabes que la boda será mañana?

—Sí, no lo he podido olvidar.

—Perderás a tu Irina, Ray.

—Es muy triste para mí, pero ya me acostumbraré a la idea.

—Eres un miserable.

—Me estás dedicando demasiados elogios, dulzura.

—¿Crees que es honesto por tu parte recibir en tu apartamento a

una mujer que se va a casar al día siguiente?

—Él está haciendo su despedida de soltero, ¿no es eso?

—Sí, eso te dije. Se ha reunido con un centenar de amigos suyos...

—Bueno, tú también estás haciendo tu despedida de soltero. Sólo que tuviste mejor gusto y elegiste al mejor de tus amigos.

Ella lo atrajo hacia sí.

—Ray, todavía lo puedes evitar.

—¿De qué forma?

—Dime que me case contigo y mandaré al infierno a Robert.

—No puedes hacer eso.

—¿Por qué no?

—Con Robert tendrás abrigo de visón, automóviles de lujo, joyas... Y es lo que tú siempre has deseado. Yo nunca te podré dar nada de eso.

—Me importan un rábano los abrigo de visón, los automóviles y las joyas; me conformo con lo que tú me puedas dar, Ray...

—Eso lo dices ahora, pero ¿cuánto tiempo podrías resistirlo?

—Toda la vida.

—No, nena... No lo resistirías ni seis meses. Debes ser realista. A ti y a mí nos gusta la buena vida y yo, con mi sueldo, no podría darte lo que tú desees. Ni siquiera podría darme a mí mismo lo que yo deseo... Nuestro matrimonio sería un desastre. En cambio, con Robert podrás pasar los inviernos en Miami, en la Costa Azul, o adónde se te antoje... Lo más importante en este planeta es no olvidar la realidad.

—Eres un corrosivo, Ray.

—Sólo un hombre práctico, ya te lo he dicho...

—Pensé que me amarías lo bastante para no consentir que me casase con Robert.

—Te amo tanto que te dejo casar con Robert. Raymond se inclinó otra vez sobre ella.

Sus bocas se juntaron.

En ese momento se oyó el timbre de la puerta.

Raymond se apartó de la joven.

—Me dijiste que no esperabas a nadie, Ray.

—Y es la verdad.

—¡Cielos! ¿Y si fuese Robert?

—¿Cómo va a ser Robert? Él está con sus amigos y precisamente, ahora su fiesta estará en el punto culminante.

—Me dijo que no te viese más.

—Y tú se lo prometiste.

—Claro que sí.

—Entonces, no tienes que preocuparte.

El timbre volvió a sonar.

Raymond se levantó dando un suspiro. Tomó una servilleta de la mesa y se limpió la boca.

Su batín estaba abierto y le colgaba el cordón. Lo puso en orden y al pasar por frente al espejo deslizó la mano por el cabello.

Raymond fue a abrir la puerta.

Acercó el ojo a la mirilla de aumento.

A la otra parte vio a su jefe.

Sí, era el Viejo en persona.

Ahora oyó su voz.

—Sé que está ahí, Raymond. Abra.

Duc despasó la cadena y abrió la puerta.

El Viejo se metió dentro, olfateando como un perro de presa.

—¿Qué hace aquí, Raymond? Supuse que nunca estaba en casa antes de las cuatro de la madrugada.

—Me he vuelto hombre hogareño. —Le contestó Raymond, interrumpiéndole el camino hacia el *living*.

El Viejo se detuvo soltando unos gruñidos.

—Quiero hablar con usted, Raymond.

—Está bien, jefe, pasaré mañana por su oficina. ¿Le parece bien a las nueve?

—Ha de ser ahora.

—Oiga, jefe, estuve por ahí con una chica, y no puede imaginar lo que me cansé... Mi cabeza no está clara...

—¿De veras?

—Si me hablase ahora, perdería el tiempo.

—¿Es usted un agente de contraespionaje o un minero?

—A veces tengo mis dudas.

—No me interesan sus chistes en este momento, señor Duc. Necesito hablar con usted ahora, y no lo demoraremos ni un minuto más.

—Está bien, jefe, hable.

—Aquí no. En el *living*. Yo también estoy cansado. Necesito sentarme. ¿Por qué no me deja entrar? ¿Qué le pasa?

Apartó a Duc de un manotazo y entró en el *living*. Raymond fue tras de él.

Irina se había subido los tirantes del vestido de noche.

Era una mujer fascinadora, de un rostro sensitivo, de ojos muy negros, cabello como el ala del cuervo.

El Viejo la observó atentamente y luego miró a Duc.

—No crea que me pilla de sorpresa... Lo inverosímil habría sido que estuviese realmente a solas.

—Le presento a la señorita Dupont —dijo Raymond—. Éste es mi jefe, señorita Dupont, el señor Duval.

—Tanto gusto —dijo Irina, que no se llamaba Dupont.

—¿Cómo está, señorita? —Correspondió el Viejo, que no se llamaba Duval.

—La mar de bien.

—Ya lo veo.

La joven se levantó.

—Perdónenme, pero tengo que marcharme...

—Espera un rato y te llevaré a tu casa —repuso Duc—. Puedes empolvarte mientras yo hablo con mi amigo.

—No, gracias, Ray —Irina consultó el reloj—. Ya se me hizo un poco tarde.

La joven tomó su bolso y se fue hacia la puerta.

Se detuvo un momento ante el Viejo.

—Hasta la vista, señor Duval.

—Lo mismo digo —respondió el Viejo.

Raymond fue con la joven hacia la puerta.

La abarcó por la cintura y dijo:

—Espérame a la una.

—No, querido... Conozco bien tus conversaciones. Podrías terminar demasiado tarde. No quiero arriesgarme con Robert. Si no hubiese venido tu amigo, seguro que no me habría dado cuenta de que han pasado las horas... Se lo tengo que agradecer a él. —Lo besó en los labios—. Buena suerte, Raymond.

—Eso suena como una despedida.

—Me temo que lo será.

—No seas tan pesimista.

—Tú eres el que me diste el consejo. Debo conservar mis abrigos de visón, mis automóviles y mis joyas.

Ella lo besó en la nariz y salió.

Raymond regresó al *living*.

El Viejo ya se había sentado y tenía un vaso de *whisky* en la mano.

—Es curioso —rió.

—¿Qué es lo curioso, señor? —dijo Raymond.

—Esa chica; me hizo recordar a Irina Belmont... Ya sabe, la novia de Robert Nollan, el alto jefe del Departamento de Estado americano, el jefe de los Servicios Europeos.

—Caramba, es cierto. Ahora que lo dice usted la señorita Dupont tiene un parecido con Irina Belmont.

Raymond se escanció también *whisky* en un vaso.

El Viejo no bebió. Tenía la nariz arrugada.

—Estaba pensando —rezongó.

—¿En qué, jefe?

—En la posibilidad de que fuese realmente Irina Belmont. —Dio un manotazo en el aire—. No, no puede ser... ¿O sí lo es?

Raymond bebió un trago de *whisky*.

—Pero, jefe, ¿cómo puede pensar que yo haría una cosa así?

—Claro que no.

—¿Sólo se llegó aquí para saber con qué mujer me encontraba?

El Viejo se arrellanó en el sillón. Miró al trasluz el contenido de su vaso.

—Ha ocurrido algo que me inquieta mucho, Raymond.

—¿De qué se trata, jefe?

—Rudolph Metzger apareció muerto en su casa... En las afueras de Berna... Ese nombre, Metzger, ¿a usted no le dice nada?

—No.

—Era Serge Ivanov.

—¿El exagente ruso?

—Sí.

—Caramba, creí que había dejado de trabajar.

—Aparentemente era así. Se había retirado. Sé que recibió ofertas de su Gobierno para trabajar, pero él las rechazó todas. Se casó con una sueca, Ingrid Skoglund... Llevaba una vida tranquila... Le metieron cuatro balas.

—Muy malo para él —dijo Raymond con aire ausente.

—¿En qué está pensando, Raymond?

—En que a todas las personas les llega la hora de morir.

—Estamos hablando de un hombre que fue un agente al servicio del Gobierno ruso y ha muerto cosido a tiros.

—¿Qué tiene de malo eso? Yo soy un agente francés, en servicio activo. Podría retirarme ahora, y casarme. ¿Sabe cuántas personas estarían dispuestas a coserme a balazos?

—Quizá un centenar.

—Se queda corto, jefe.

—Oh, perdone, no incluía a los maridos.

—Muy chistoso, señor.

—Ésta es una conversación seria, señor Duc. Y yo no lo decía para hacerle reír.

—Muy bien, señor... Estamos de acuerdo en lo sustancial, en que podría yo retirarme de mi trabajo, y dentro de un año o dos, alguien dispararía sobre mí para ajustarme las cuentas por algo que ocurrió mucho tiempo atrás...

—Engañaron a su mujer...

—¿De qué forma?

—La señora Metzger recibió un telegrama de Estocolmo anunciándole que su madre se encontraba gravemente enferma... Ella tomó el avión para reunirse con ella... De esa forma, Metzger quedó a solas en la casa. Así lo mataron, sin testigos.

—¿Alguna pista?

—No. La casa está aislada... La policía realiza una investigación preliminar, pero hasta ahora no consiguió nada...

Raymond Duc empezaba a irritarse. ¿Era sólo eso, la muerte de Ivanov, por lo que su jefe había estropeado su «romance» con Irina, cuando ambos estaban llegando al punto de ebullición?

—Dijo que eso le inquietaba, jefe.

—Y es verdad.

—¿Por qué? Para mí es una muerte vulgar.

—Hay algo más.

—¿Qué cosa?

—En febrero de 1962, Metzger se encontraba en Estocolmo... Estaba allí justamente por los días en que desapareció el doctor Bergen... ¿Sabe quién es?

—Sí, desde luego. Un sabio noruego. Por aquellas fechas convocó una reunión de colegas suyos en Estocolmo para demostrarles su descubrimiento.

—¿Recuerda también qué descubrimiento era ése, Raymond?

—Que había habitantes en otro planeta...

—El doctor Bergen aseguraba algo más que eso... Según su hipótesis, en Júpiter existe una civilización cincuenta mil años más adelantada que la nuestra. Dijo que lo demostraría, que tenía pruebas... Pero eso nunca llegó a ocurrir porque desapareció... La Prensa no se ocupó de ello porque el doctor Bergen fue considerado tiempo atrás como un chiflado... Había pasado tres años en un hospital de enfermos mentales, aunque luego volvió a sus estudios... Al desaparecer, se dijo que el doctor Bergen no había hecho otra cosa que largarse para provocar un estado de expectación a su alrededor...

—Es posible.

—Nunca se ha vuelto a saber del doctor Bergen.

—Quizá se encuentra en otro hospital de enfermos mentales.

—Ivanov, alias Metzger, estaba allí, en Estocolmo —repitió el Viejo.

—¿Quiere establecer una relación entre la desaparición del doctor Bergen y la muerte de Ivanov ocurrida tres años más tarde?

—No sé. Fue algo extraño que me pasó por la cabeza.

—Olvídelo, jefe.

—Sí, será lo mejor. —El Viejo bebió un trago—. Sin embargo...

—¿Qué pasa ahora, señor?

—Estoy tratando de ordenar las ideas... Además de Ivanov había allí otro agente muy importante. Trabajaba para la CIA... Lionel Fleming...

—¿Qué pasa? ¿Es que también ha muerto?

—No, pero hizo lo mismo que Ivanov.

—¿Se refiere a que se retiró?

—Sí, fue licenciado por la CIA aquel mismo año.

—¿Cuál fue el motivo?

—A petición propia...

—¿Dónde está Fleming ahora?

—No lo sé... —El Viejo se quedó pensativo—. Pero me gustaría saber dónde se encuentra Lionel Fleming en estos momentos.

CAPÍTULO III

Charles Smith puso el cebo en el anzuelo y lanzó éste al agua.

La pipa se le había apagado.

Sujetó la caña con las piernas y frotó un fósforo, pero llegó una ráfaga de aire y lo apagó.

Iba a encender otro fósforo cuando oyó una voz a su espalda:

—No se preocupe, yo le daré fuego.

Volvió la cabeza y vio a dos hombres que no había visto hasta entonces.

Ya estaban muy cerca de él, y no los había oído llegar debido a la hierba que crecía por aquella parte del río.

Uno era alto, moreno, de facciones angulosas, y el otro más bajo, rubio, de constitución atlética.

El alto sacó una caja de fósforos. Encendió uno y lo alargó hacia la pipa que Charles Smith presionaba con sus dientes.

Después de encender, el alto dejó caer el fósforo en la hierba y la llama se apagó.

—Gracias —dijo Charles Smith—. ¿Dando un paseo? ¿Van a Siracusa?

—No, no vamos a Siracusa. Mi amigo y yo haremos un viaje más largo, señor Smith.

Charles frunció el entrecejo.

—¿Me conocen?

—Charles Smith, ¿no es ése su nombre?

—Sí.

El alto ya no dijo nada. Desparramó la mirada por la otra orilla.

El rubio estaba trazando un círculo a espaldas de Charles.

—Esto parece un lugar solitario —dijo el alto.

—Lo es —contestó Charles—. Sólo yo vengo a pescar... Está un poco alejado del pueblo. Me refiero a Unionville.

—Diecisiete millas —dijo el alto—. Y el camino no es muy

bueno que digamos. ¿Pesca mucho, señor Smith?

—Hay buenas truchas... A veces cobro hasta media docena... Pero hoy no es un día de suerte. Llovió ayer por la montaña y las aguas bajan turbias... Todavía no picó ninguna.

El rubio se había retirado como quince yardas, y ahora estaba regresando.

Charles se quitó la pipa de la boca.

—Todavía no me han dicho por qué me conocen...

—Lo conocemos muy bien.

Charles había empezado a inquietarse. ¿Quiénes eran aquellos dos hombres? Procedían como dos tipos muy extraños.

—Sí, amigo —dijo el alto—, sabemos tanto de usted que se asombraría.

El rubio intervino:

—Dale una prueba.

—Claro que sí. Se la voy a dar —dijo el alto—. ¿Cómo está el señor Fleming?

—¿Qué nombre ha dicho?

—Fleming. Lionel Fleming.

Charles forzó una sonrisa.

—No, yo no soy esa persona.

—Claro que no lo es. Siempre se ha llamado Charles Smith, ¿verdad?

—Sí, señor, siempre.

El rubio se echó a reír.

—Es la mar de gracioso. Un poli se cambia de nombre y se le ocurre ponerse Smith. Luego dicen que son inteligentes...

El alto sacudió la cabeza.

—Ya oyó a mi amigo, señor Smith. No estuvo muy acertado al elegir el nombre.

Charles empezó a sentir una sorda irritación.

—Oiga, amigos, ¿quiénes infiernos son ustedes?

—No se enoje, se lo voy a decir enseguida. Yo soy el Número 1 y éste es el Número 2.

—¿El Número 1 de qué cosa?

—Sólo eso; el Número 1 y el Número 2 —repitió el alto.

—¿Son dos escapados de un manicomio? Eso deben ser. —Los miró atentamente porque ahora el rubio se había detenido junto al

alto.

—¿Qué está pensando, señor Fleming?

—Ya les he dicho que no soy Fleming.

—Lionel Fleming, exagente de la CIA. Trabajó para ellos desde 1947 hasta 1962... Hizo buenos trabajos en Saigón, Tokio y en Indonesia... En el año sesenta fue transferido a Europa.

—Les he dicho que están hablando de otra persona. Yo no soy ese Fleming. Nunca trabajé para la CIA. ¿Lo oye bien? Están equivocados.

—No, no lo estamos.

—Lárguense y déjenme en paz.

El alto metió la mano en el bolsillo y sacó un sobre que arrojó sobre las rodillas de Charles.

—Vea lo que contiene eso.

—No me hace falta.

—Le he dicho que lo lea —dijo el alto con voz imperiosa.

Charles se fue a levantar, pero de pronto recibió un golpe en el cuello.

Cayó de rodillas en la hierba lanzando un quejido de dolor y finalmente, se derrumbó de bruces.

Sintió un dolor terrible atrás, y creyó que lo habían desnucado. Pero poco a poco se fue recuperando.

Quedó otra vez de rodillas y miró a su espalda.

El rubio, que era quien lo había golpeado, le sonrió enseñándole los dientes.

—Usted se lo ganó, señor Fleming... No sea tonto y vea lo que contiene ese sobre. Se lo digo yo, que soy el Número 2. Recuérdele —señaló al alto—. Él es el Número 1.

Charles Smith sacó el contenido del sobre. Era una tarjeta con su fotografía y su historial.

—¿Lo reconoce, señor Fleming? —dijo el alto—. ¿O va a seguir negando que es usted?

Smith miró al rubio, cuyos ojos parecían ahora los de un extraviado.

—Está bien, soy Lionel Fleming.

El rubio rió otra vez.

—Vaya, amigo... Por fin se decidió. Felicitaciones.

—Oigan, quiero borrar mi pasado.

—¿Por qué? —inquirió el alto.

—Porque ya inicié una nueva vida... Si saben tanto de mí, tampoco desconocerán que me casé.

—Se casó con una rubita —dijo el rubio tocándose su propio cabello—. Muy linda, ¿verdad?

—No la nombre.

—¿Por qué? Es un bombón.

—¡Cállese!

—También tenemos su fotografía.

—¿Dónde? ¿Dónde tienen su fotografía?

El alto metió la mano en el bolsillo de antes y sacó otro sobre que dejó caer.

No hizo falta que Charles Smith atrapase el sobre porque la fotografía se deslizó sola. Quedó boca arriba.

En ella vio a su mujer. Estaba muy atractiva. Sonriente. En el propio jardín de su casa.

—¿Qué diablos quiere? ¿Quiénes son ustedes? No me repitan otra vez que son el Número 1 y el Número 2. Ya los oí perfectamente...

—Nos alegramos de que no sea sordo, Fleming.

—Contesten a mi pregunta, ¿qué quieren?

El rubio miró hacia el río.

—¡Qué lugar más bonito...! Árboles, el agua que murmura y truchas... Lindas truchitas, ¿dónde estáis que no os veo?

Sí, se dijo Charles, aquel tipo debía de estar loco. ¿Pero no lo estaba también su compañero, el alto?

Retiró la caña del río.

En el anzuelo no había mordido ningún pez.

—Qué mal pescador es usted, Fleming —dijo el alto—. Quizá fue bueno en otros tiempos, pero seguramente ha perdido facultades...

El rubio dijo:

—No me gusta que hagan daño a las truchas. Son hermosas, relucientes, y muy simpáticas. No, no me gusta que les hagan daño. Pero usted ya no atraparé ninguna trucha de este río... Somos nosotros los pescadores, sí, señor Fleming. Lo vamos a matar.

Charles sintió un escalofrío por la espina dorsal.

Había esperado desde hacía mucho rato que llegasen a aquel punto en el diálogo. No podía ser de otra forma.

—Esperen —dijo.

El rubio ya había sacado la pistola.

—¿Qué le pasa, señor Fleming? ¿Nos va a prometer un par de truchas para la cena si lo dejamos vivir?

—Es que yo no comprendo nada...

—No tiene nada que comprender. Usted se muere y se acabó. ¿No es eso lo que hace con las truchas?

Charles tragó saliva. Aquello era como vivir una pesadilla. Tenía experiencia con respecto a las pesadillas. Había conocido aquella sensación de miedo, de impotencia, de proximidad de la muerte durante los años que trabajó para la CIA.

—¿Por qué? ¿Por qué hacen esto?

—Porque lo tenemos que hacer —contestó el alto.

—Pero ¿quién los manda?

El rubio rió otra vez.

—Cuando usted pesca una trucha, ella no le pregunta por qué lo hace. ¿O se lo preguntaron alguna vez?

Charles Smith comprendió que no tenía salvación. Abatió la caña sobre el brazo armado del rubio.

El alto retrocedió de un salto.

El rubio lanzó un grito y dejó caer el arma en el suelo.

Enseguida, Charles dio media vuelta y se arrojó al río.

Sabía que la comente era impetuosa aunque el río era estrecho y poco profundo.

Buceó hasta el fondo y braceó vigorosamente. Tenía que alejarse del lugar en donde había dejado a los dos asesinos.

Le faltó el aire, pero siguió avanzando.

Empezó a tragar agua.

Tenía que volver a la superficie.

Sacó la cabeza fuera del agua y respiró ansiosamente.

Oyó un estampido.

La bala produjo un gorgoteo cerca de su cuello.

Se sumergió otra vez mientras oía hablar al alto.

—¡Allá va, muchacho! ¡Esta vez no puede escaparse!

Otra vez estaba nadando bajo el agua.

Por su mente pasaron muy rápidas ciertas escenas que había protagonizado durante aquellos años en que fue agente de la CIA.

¿Por qué su imaginación se ocupaba ahora de aquellas cosas?

Sólo debía tener en cuenta una. Seguir viviendo.

Sí, eso era, seguir viviendo para regresar junto a Helen.

Ella lo estaría esperando como cada vez que se marchaba al río a pescar.

Tendría una buena lumbre preparada.

Y cuando él ocupase su sillón, junto al hogar, Helen le traería sus zapatillas, y un vaso de *whisky*.

Y él leería el periódico mientras Helen preparaba la cena.

Y por la noche, verían una película en la televisión. Helen se quedaría dormida, y él la tomaría en brazos y la llevaría al lecho.

Pero todo eso estaba a punto de acabar.

Helen le esperaría inútilmente aquel día.

Ella no podría llevarle las zapatillas al sillón junto al hogar ni le alargaría su *whisky*. Ni tampoco le prepararía la cena.

Iba a morir.

De nuevo, sacó la cabeza del agua.

Estaba muy cerca del recodo del río. Si lograba alcanzarlo, tendría más probabilidades de ponerse a salvo.

Oyó varios estampidos.

Un plomo le abrasó el costado.

Lanzó un chillido y sacó medio cuerpo a la superficie.

Fue entonces cuando lo cazaron.

Otro plomo se enterró en su espalda.

Al abrir los ojos los vio frente a él.

Estaban disparando sin interrupción.

Fleming sintió cómo las balas penetraban en su estómago, y se preguntó cuántas balas necesitarían aquellos hombres para matarle.

Una nube esponjosa se interpuso ante sus ojos y los asesinos se fueron desdibujando poco a poco.

Sintió que un frío gélido se apoderaba de su cuerpo, y entonces se sumergió en el río. La última sensación que sintió fue la de que su profundidad era de miles de metros, porque descendía y descendía sin que nunca llegase al fondo.

CAPÍTULO IV

Raymond Duc estaba en el hipódromo.

Iba a empezar la carrera para potrancas de tres años.

Los animales montados por los *jockeys* desfilaban a la vista del público por el recinto destinado a ese efecto.

Bernard Gobett, un compañero del *Deuxième Bureau*, airaba con los prismáticos hacia las potrancas.

—¿No te parece que tiene mejor estampa la catorce, Raymond?

—Sí, tiene bonita lámina —asintió Ray, que también manejaba las prismáticos.

Raymond no estaba mirando al cuadrúpedo, sino a una pelirroja que ocupaba uno de los palcos.

Bernard Gobett dijo:

—Fíjate en su cuello.

—Ya me fijo.

—Es hermoso.

—Yo diría que es puro nervio.

—Es una ganadora segura si el *jockey* sabe lo que se hace.

—Si yo fuese el *jockey* no habría ninguna duda —repuso Duc.

—Pesas demasiado.

—Sesenta y siete kilos, pero todo es músculo y hueso. Pasé la revisión hace cuatro días.

Bernard Gobett seguía mirando a la potranca y Raymond Duc seguía mirando a la pelirroja.

—Sus remos son finos —dijo Bernard.

—No los veo desde aquí.

—¿Cómo que no los ves?

—Se ha interpuesto una nube de gente.

Bernard Gobett bajó sus prismáticos.

—Eh, muchacho, estamos apuntando a sitios diferentes.

—Disculpa, Bernard, me entretuve un poco.

—Voy a apostar por esa potranca.

—Yo también.

—Eh, Ray —dijo Bernard Gobett cuando vio que Raymond caminaba en sentido opuesto al suyo—. Las apuestas se hacen por aquí.

—No te preocupes por mí. Yo voy a colocar mi dinero a un agente amigo.

Bernard sacudió la cabeza, pero no pudo decir nada porque ya Raymond se había alejado mucho de él.

El palco vecino al que se encontraba la pelirroja estaba vacío.

Raymond, sin ningún titubeo, entró en él y se colocó junto a la hermosa joven.

Ella estaba vuelta hacia ese lado y Raymond le sonrió.

La joven volvió rápidamente la cabeza.

La pelirroja no se encontraba sola. Estaba al lado de un vejete de unos sesenta años.

—Querida —dijo él—, ¿por quién quieres apostar?

—Por el treinta y tres.

—¿Cómo el treinta y tres? Sólo corren catorce.

—Siempre me gustó el treinta y tres.

—Pero, Madeleine, no puedo apostar por el treinta y tres. No existe esa potranca. Sería tirar el dinero.

El vejete se volvió hacia un hombre de aspecto distinguido.

—Pierre, mil francos al doce.

Raymond sacó un billete de a cinco francos y dijo:

—Pierre, ¿me quiere hacer un favor? Ya que va a la taquilla, ¿quiere apostar este billete por mí al treinta y tres?

—Pero, señor, no existe el treinta y tres.

—Es igual. Al treinta y tres.

Pierre, aturdido, tomó el billete de cinco francos. Se marchó.

Todo había pasado inadvertido para el vejete porque se había puesto a hablar con un vecino.

Pero no había pasado inadvertido para la pelirroja. Miró a Raymond y ahora sus labios sonrieron.

El agente del *Deuxième Bureau* inclinó ligeramente la cabeza.

—Soy romántico, no lo puedo remediar. También vivo de ilusiones.

—¿También su número es el treinta y tres?

—No. Sólo digo treinta y tres en la clínica del doctor. Mi número favorito es el trece. Pero, de todas formas, yo diría que somos almas gemelas... Siento que su abuelo no opine como usted.

—No es mi abuelo.

—Su padre.

—Tampoco es mi padre. Y será mejor que no continúe con la escala familiar.

—Comprendo.

—Cosas de la vida —dijo la pelirroja, haciendo un encogimiento de hombros.

—Es terrible el sacrificio que debe estar haciendo.

—¿Eh?

—Soportar a ese tacaño debe ser duro.

—No lo sabe usted bien... Pero eso no es lo peor. Es un Oteló... En cuanto se dé cuenta de que estoy hablando con usted, me preguntará su filiación.

—Soy Raymond Duc, agente de la firma de seguros La Vida es Rosa.

—Por favor, no me comprometa.

—¿Le quitaría el pan?

—Algo más. Un apartamento en Neully, un «Alfa Romeo» y cinco mil francos mensuales.

—Caramba, parece que el tacaño tiró la casa por la ventana.

—No lo crea. Me fiscaliza hasta el último centavo. En aquel momento, el hombre que pagaba el apartamento en Neully, entre otras cosas, se volvió.

—Eh, Madeleine, ¿con quién hablas?

—El señor me estaba preguntando por una dirección en París.

—No tienes que contestarle. No eres un policía urbano.

—Sólo quería hacerle un favor...

En aquel momento se produjo un rugido entre el público.

La carrera había empezado.

Raymond apuntó con sus prismáticos hacia la pista por dónde corrían las potrancas menores de tres años.

Sin volverse hacia la pelirroja, dijo:

—Usted y yo tenemos mucho que hablar.

—¿Usted cree? —preguntó Madeleine, mientras miraba también con sus prismáticos hacia los cuadrúpedos.

—¿Dónde nos vemos?

—Eso no puede ser... El tacaño tiene pagado al conserje de mi apartamento.

—Pero no tiene pagado al conserje mío...

—¿Cuál es la dirección?

—Richelieu, 314, apartamento 23.

—No llegaré antes de las doce de la noche.

—La estaré esperando.

—Pero no podrá ser hasta el martes.

—Hoy.

—Es imposible.

—Celos.

—No me diga.

—Es imposible...

—No existe esa palabra. Tendré preparada una cena fría, champaña, música y hablaremos de usted y de mí...

—Está bien, a las doce.

Raymond se retiró del palco.

Cuando volvió a su silla, la carrera había terminado.

Bernard Gobett apareció a su lado y lo hizo con cara triste.

—No ganó la carrera, con la bonita estampa que tenía.

—Claro que no —dijo Raymond—. Ganó la treinta y tres.

Se alejó de Gobett y éste se quedó quieto, parpadeante.

—¿La treinta y tres? ¿Has dicho la treinta y tres?

Raymond Duc estaba en su apartamento.

Silbaba una canción mientras preparaba la mesa.

Faltaba todavía media hora para que llegase Madeleine, pero debía tener en cuenta todos los detalles.

Puso en marcha el tocadiscos.

Estaba demasiado alto y lo bajó de volumen.

De pronto, sonó el timbre de la puerta.

Ya estaba allí. Se había adelantado.

Cruzó el salón y abrió la puerta de golpe.

Había iniciado una sonrisa, pero enseguida, la hizo morir en sus labios.

A la otra parte del hueco se encontraba su jefe.

—Buenas noches, señor Duc —dijo el Viejo y se coló en el apartamento.

Raymond cerró la puerta mientras soltaba una maldición para sus adentros.

El Viejo ya había llegado al *living* y lo oyó ladrar:

—Eh, ¿a quién espera?

Raymond fue con él.

—Voy a cenar con un agregado militar extranjero.

—No me diga.

—Discutiremos sobre las nuevas armas, y eso me proporcionará una valiosa información...

Él Viejo cerró un ojo mientras observaba recelosamente la cara de su subordinado.

—Tendrá que marcharse enseguida, jefe. Si esa persona lo ve a usted aquí, entrará en sospechas y no conseguiré mi objetivo.

—Está bien, me iré enseguida. ¿Sabe quién ha muerto?

—Todos los días mueren muchas personas...

—Pero no es frecuente morir con nueve balas en el cuerpo.

—¿A quién convirtieron en un colador?

—A Lionel Fleming.

—¡Qué casualidad! Usted se estaba preguntando por él el otro día...

—Se hacía llamar Charles Smith... Vivía en Unionville, cerca de Siracusa, en Estados Unidos...

—Lo conocí. Era un muchacho simpático.

—¿Sólo se le ocurre decir eso?

—¿Qué quiere que diga?

—¿Es que no se da cuenta, Duc? Está pasando algo muy raro... La semana pasada murió Ivanov, y ahora, Fleming... Ivanov fue el agente más importante al servicio de los rusos y Fleming fue también el mejor en la CIA americana. Falta otro detalle... Los dos se encontraban el 3 de febrero de 1962 en Estocolmo cuando desapareció el doctor Bergen...

—No está mal.

—Quiero que vaya a Estocolmo y que investigue.

—¿Qué tengo que investigar?

—El paradero del doctor Bergen.

—¿Qué tiene eso que ver con nosotros?

—Mucho, Raymond.

—Yo no lo veo.

—El Gobierno nos va a exigir un mayor esfuerzo con respecto a nuestro conocimiento del mundo... Francia se dispone a establecer estaciones controladoras del vuelo de satélites... Las va a situar en distintas partes de los cinco continentes. Hasta ahora estuvimos metidos en nuestra propia casa. Sólo hemos investigado un asunto en cuanto se ha referido a nosotros directamente. Pero las cosas van a cambiar. Francia quiere asumir un papel predominante en el mundo, y para ello hemos de estar tan bien organizados como americanos y rusos.

—¿Quiere decir que meteremos la nariz en donde nos importe y en donde no nos importe?

—Puede llamarlo así, si gusta, porque es condenadamente cierto... A partir de ahora hemos de procurarnos información por nuestros propios medios. No nos contentaremos con archivar los informes que nos sirva cualquier policía del mundo. He recibido órdenes estrictas del primer ministro. Para ello nos han sido facilitados fondos secretos que doblan nuestro presupuesto. Y para el año próximo es posible que se triplique. A cambio de ese dinero, el Gobierno quiere resultados y los quiere rápidos. Quieren saber lo que ocurre en cualquier parte del mundo, y por qué ocurre... Por tanto, a partir de ahora nos tendrá que interesar qué es lo que pasa en la CIA, en los Servicios Secretos rusos, o en la MI-5

inglesa...

—Sí, señor.

—Saldrá dentro de una hora para Estocolmo.

—¿Por qué no lo dejamos para mañana, jefe? Recuerde, estoy esperando a ese agregado naval...

—Hay otros hombres dedicados a la misión de conocer las armas nuevas de la marina de otros países...

—Pero quizá yo consiga saber algo que ellos ignoran.

—Le agradezco su celo, señor Duc... Pero yo soy todavía el jefe del Departamento, y también soy quien señala el trabajo de cada uno de mis hombres... Usted saldrá dentro de una hora para Estocolmo... Quiero que ponga toda la carne en el asador hasta dar con el doctor Bergen...

—Oiga, jefe, creo que hace una montaña de nada. Estoy seguro de que estará en cualquier sanatorio de enfermos mentales.

—Muy bien. Si es así, quedaré tranquilo. Pero me sigue pareciendo absurdo que el doctor Bergen desapareciese y que ahora hayan muerto dos hombres que estaban en la misma ciudad que Bergen cuando se esfumó...

El Viejo dio media vuelta y se fue hacia la puerta.

—Raymond, estaré en el aeropuerto para despedirle.

—No hace falta que se moleste.

—No es molestia. Me quedaría con usted aquí para acompañarle hasta el aeropuerto, pero no quiero estropearle la despedida con el agregado naval.

—Es usted muy delicado, jefe.

—Soy comprensivo con mis subordinados, pero recuerde que también soy muy exigente, tan exigente y duro como el que más. Hasta luego, Duc.

El Viejo salió y Raymond se pasó una mano por la cara.

¡Qué negra suerte la suya! ¿Por qué todo se complicaba cuando se le había presentado la suerte tan propicia? La vida de un agente secreto estaba llena de renunciaciones y sacrificios. Cualquier día, él haría lo mismo que Serge Ivanov o Lionel Fleming. Pediría el retiro para tener una vida feliz. Demonios, ¿qué estaba diciendo? ¿Cuánta vida feliz habían tenido Serge Ivanov y Lionel Fleming? Unos tres años, y luego los habían llenado de plomo.

Se preparó un *whisky*.

Estaba bebiendo un trago cuando sonó otra vez el timbre de la puerta.

Dejó el vaso en la mesa y acudió a abrir.

Esta vez era ella, la pelirroja del hipódromo.

Estaba sensacionalmente hermosa, deliciosamente atractiva...

Cuando pasó por su lado, Raymond la tomó suavemente por la cintura, la atrajo hacia sí y la besó en los rojos labios entreabiertos.

Ella le puso una mano en la nuca.

—Madeleine —dijo Raymond—, todo se arruinó.

—¿Se le quemó el asado?

—Peor que eso...

Ella enarcó las cejas.

—Dime de qué se trata.

—He de marcharme.

—Muy bien, te esperaré aquí.

—Tardaré varios días... He de emprender un viaje inmediatamente...

—¡Oh, no!

Raymond la besó en la comisura de la boca.

—No sabes cuánto lo siento, nena, pero es mi deber.

—No seas tonto —dijo ella, y lo llevó suavemente hacia el *living*.

Madeleine vio la mesa dispuesta y sonrió.

—Eres maravilloso, Raymond, pero antes de la cena siempre me ha gustado un aperitivo...

—Claro.

Descolgó el auricular.

—¿Sí...?

—¿Ya llegó el agregado naval?

Raymond hizo rechinar los dientes.

Era otra vez el entrometido del Viejo.

—Sí, señor.

—Usted ya sabe cuál es el arma secreta.

—No exactamente, pero tengo una idea.

—Despache a esa persona inmediatamente, Raymond.

—Señor, yo opino que sería muy interesante para nosotros que me concediese un par de horas.

—Permiso denegado... Espero verlo en treinta minutos en el aeropuerto, o tendrá que buscarse otra colocación a partir de mañana.

—Estaré en el aeropuerto.

—Eso suponía —contestó el Viejo y colgó.

Raymond también dejó el auricular en la horquilla. Se volvió hacia la joven.

—Madeleine, te voy a echar mucho de menos. Pero se acabó para mí la cena, y todo lo demás.

—Un poco más de aperitivo, Raymond.

—Se cerró el bar, cariño —dijo Duc.

Raymond cruzó el *living* y entró en su dormitorio. En unos minutos preparó su equipaje.

Cuando salió, Madeleine estaba sentada a la mesa comiendo un trozo de asado.

—Esto es bueno, Raymond.

—Puedes quedarte, si gustas.

—¿No te importa si también me quedo a dormir?

—Claro que no.

—Me las arreglaré para estar aquí hasta las seis de la mañana.

Raymond cerró los ojos. La vida de un agente de contraespionaje era algo muy duro. Estaba hecha de sacrificios y de renunciaciones.

Se inclinó sobre la joven y la besó en la oreja.

—Recuerda mi número de teléfono, querida...

—Sí, Raymond, pero no servirá.

—¿Por qué no servirá?

—Dentro de tres días el tacaño me lleva al Brasil. Estaremos allí seis meses. Quiere instalar una fábrica de automóviles.

—Bueno, el mundo es muy grande, y la vida muy larga. Ya nos veremos...

Ella se limpió la boca con la servilleta y besó a Raymond.

Luego, al separarse, dijo:

—Qué pena que te vayas, Raymond. Eres un magnífico cocinero y me hubiese gustado probar otros platos.

Raymond no contestó a eso nada y salió de allí porque pensó que si se quedaba un minuto más, al día siguiente tendría que buscar otra colocación.

CAPÍTULO V

Raymond Duc entró en la clínica de enfermos mentales donde había estado recluido el doctor Bergen.

Dijo a la recepcionista:

—Necesito hablar con el doctor Gabler.

—¿Tiene cita con él?

—Todavía no.

—Entonces tendrá que esperar a mañana.

—Lo siento, señorita, pero se trata de un asunto de mucha urgencia. Quiero consultarle el caso de uno de sus pacientes.

—Entonces, hablaré con su secretaria. Es la señorita Inger Tesman. Suba al primer piso, la habitación del fondo. Verá el nombre del doctor en la puerta.

—Gracias.

Poco después, Raymond estaba en presencia de la señorita Inger Tesman.

Era una rubia valquiria, de rostro muy bello, ojos grandes color verde mar.

—¿Señor Duc?

—Sí, soy yo.

—La recepcionista me ha informado que desea hablar con el doctor Gabler.

—Se trata de un paciente.

—¿Me quiere decir el nombre de ese paciente?

—El doctor Nikolas Bergen.

—¿Es usted pariente de él?

—No, señorita Tesman.

—Entonces me temo que no podamos darle ninguna información.

—Verá, señorita Tesman, soy policía, y he venido desde París para informarme de este asunto... Me quedará algún tiempo libre, y

he pensado que me gustaría mucho conocer la ciudad... Para ello necesito a alguien que conozca los muchos encantos que ustedes poseen.

—Vaya a una agencia de viajes. Allí hay guías que a cambio de un precio módico, le enseñarán los mejores monumentos.

Raymond se inclinó sobre la mesa ante la que se encontraba sentada la bella.

—¿No dispondrá usted de un poco de tiempo?

—Cuando acabo aquí tengo otras ocupaciones.

—Pero las podría dejar por un par de días.

—No, señor Duc. Me temo que eso es imposible... Pero ¿de qué estamos hablando?

—De usted y de mí.

—¡Qué tontería...! Usted ha dicho que llegó a Estocolmo con una misión especial y se pone a hablar de sus asuntos particulares.

—Le aseguro que es un asunto particular que me interesa mucho.

La joven se levantó.

—Hablaré con el doctor Gabler de su caso. Espere.

Inger se dirigió a una puerta del fondo y Raymond pudo admirar la hermosa figura de la joven. Era realmente fascinante desde los tobillos hasta la cabeza. Demonios, en Suecia sabían hacer las cosas.

Encendió un cigarrillo, que había fumado por la mitad cuando Inger apareció.

—El doctor Gabler lo recibirá inmediatamente.

Raymond aplastó la punta del cigarrillo en un cenicero y se encaminó hacia donde estaba la joven, que mantenía la puerta abierta.

Se detuvo ante ella.

—Oiga, Inger, ¿por qué no lo piensa un poco? Siempre he oído decir que los suecos son unas personas con un alto sentido de la hospitalidad... ¿Es que va a echar por tierra esa fama?

Sin esperar una respuesta de ella, entró en un despacho que estaba sumergido en la penumbra.

Un hombre se levantó de un sillón tras de una mesa y le tendió la mano.

Frisaba en los cuarenta y cinco años de edad y era calvo con ojos saltones que defendía con lentes de alta graduación.

—Celebro conocerle, señor Duc. Siéntese.

Raymond ocupó un sillón de cuero y cruzó las piernas.

Entonces, el doctor Gabler dijo:

—Entiendo que se interesa usted por el caso de uno de mis pacientes, concretamente del doctor Nikolas Bergen.

—Así es, doctor Gabler... ¿Cuánto tiempo estuvo aquí el doctor Bergen?

—Mi secretaria ha sacado su ficha. Es la que tengo delante. El doctor Bergen ingresó en esta clínica el 17 de marzo de 1958, y permaneció con nosotros hasta el 26 de diciembre de 1960.

—¿Lo dio de alta porque estaba curado?

El doctor Gabler sonrió.

—¡Oh, no, de ninguna forma...! El doctor Bergen ingresó aquí por su propia voluntad. Era un hombre muy pacífico... Le correspondía a él decidir cuándo tenía que salir, y es lo que hizo en la última fecha que le acabo de citar...

—¿No ha vuelto a verlo desde entonces?

—No, señor Duc.

—¿Tampoco ha sabido de él?

—Sí, eso sí... Supe que iba a celebrar una conferencia de Prensa a primeros de 1962, no recuerdo la fecha exacta. Me llamó la atención puesto que el doctor Bergen había sido mi paciente.

—Según mis informes, doctor Gabler, su paciente, el doctor Bergen, había convocado esa conferencia para demostrar la existencia de habitantes en el planeta Júpiter...

—Eso es lo que leí, y me asombró.

—¿Por qué le asombró? —preguntó Raymond.

El doctor Gabler se puso en pie y rodeó la mesa. Se sentó en el borde.

—Verá, señor Duc; yo nunca supe que el doctor Bergen se dedicase a esa clase de investigaciones... Tampoco en el ciclo de su enfermedad apareció ningún síntoma relacionado con tal especialidad...

—¿A qué se dedicaba entonces, el doctor Bergen?

—A la Botánica.

—¿Alguna especialidad de la Botánica?

—Sí, se dedicaba al estudio de la vida vegetal en las más antiguas eras geológicas... Se entusiasmaba cuando me hablaba de

ello.

—¿Qué le decía, señor Gabler?

—Decía que la más hermosa edad de la Tierra fue aquélla en que sólo existía el mundo vegetal, árboles de cien metros de altura, arbustos que lo llenaban todo. No había desiertos y la tierra era un mar verde, lleno de poesía, en donde sólo se oían los rumorosos arroyos y torrentes, y las aves que volaban alto por encima del verdor... Entonces, la Tierra no había sido hollada por el hombre... Precisamente, al referirse a eso, decía que la huella del hombre había sido maldita. El hombre era el culpable de que ese mundo maravilloso se convirtiese en lo que es hoy, un campo de luchas eternas. Era el hombre quién había manchado aquel mundo de poesía... Al principio con su hacha de sílex y luego con sus herramientas de metal, el hombre había violado aquella virgen verde... Sí, señor Duc, ésa era la especialidad de Bergen; pero en ningún momento, mientras él permaneció aquí, se refirió a cualquier otro planeta que no fuese la Tierra.

—¿Cómo explicaría usted la desaparición del doctor Bergen, doctor Gabler?

—He pensado en ello muchas veces.

—¿Llegó a alguna conclusión?

—No, desde luego.

—Sin embargo, tendrá alguna hipótesis.

—Sí, eso sí.

—¿Cuál es?

—La de que debe estar internado en alguna clínica. En tal caso lo habría hecho su propia voluntad, como ingresó aquí, aunque utilizando otro nombre.

—¿No ha hecho usted investigaciones?

—Sí, las hice en los hospitales del Estado, pero no está en ellos... Suponiendo que mi hipótesis fuese cierta, se encontraría en una clínica privada. En tal caso, es muy difícil dar con su paradero... Para mí mismo resulta difícil conseguir esa clase de información... Las clínicas dedicadas a esta clase de enfermos son muy celosas con respecto a informar sobre sus pacientes...

—¿No tenía familiares el doctor Bergen?

—Sí, una sobrina.

—¿También desapareció?

—¡Oh, no! Se encuentra aquí, en Estocolmo, pero ya hablé con ella hace un par de años y ella desconocía en absoluto el paradero de su tío.

—¿No ha vuelto a hablar con ella desde entonces? —No, señor.

—¿Tiene su dirección?

—Sí, señor Duc. La tengo en la ficha.

El doctor Gabler regresó a su sillón y después de consultar la ficha, escribió en un papel, que alargó a Raymond.

El agente del *Deuxième Bureau* la leyó y la guardó en el bolsillo.

—Muchas gracias por todo, señor Gabler, quizá necesite hablar otra vez con usted para que me aclare algunos detalles.

—No se preocupe, también yo estoy interesado en saber qué fue del doctor Bergen.

Cambiaron un apretón de manos y Raymond Duc salió del despacho.

Inger Tesman estaba en pie junto a la pared, poniendo bien un cuadro.

Él se acercó por detrás. Alargó su mano y la ayudó. Aspiró el perfume del cabello de la hermosa secretaria.

Inger volvió la cara y sus labios rozaron los de Duc. Ella dio un saltito retrocediendo.

Raymond le sonrió.

—Me hospedo en el hotel Christopher-Palace. La espero.

—Esperará inútilmente.

—¿Por qué ha de ser tan poco afectiva?

—Usted es un individuo peligroso...

—¿Cómo lo sabe?

—Basta mirarle a los ojos.

—Los ojos engañan. Soy la mar de formal... Sólo quiero conocer las bellezas de la ciudad.

Sonó un zumbido del interfono y la secretaria dio la vuelta a la llave.

—Señorita Tesman, ¿quiere traerme la ficha del señor Albertson?

—Sí, doctor Gabler.

La joven cerró el circuito y dijo a Raymond:

—Buenos días, señor Duc.

El agente dio un suspiro.

¡La de cosas que uno se perdía por falta de comprensión de las mujeres!

Hizo un saludo con la mano y salió de la oficina.

Bajó la escalera y cruzó el *hall*.

En la puerta tropezó con un hombre que entraba.

—Perdón —dijo Raymond.

—De nada —contestó el otro, que era muy alto, moreno, de facciones angulosas.

A continuación del moreno entró un joven rubio, de constitución atlética.

No se detuvieron en la recepción porque la señorita encargada se encontraba en la habitación adyacente, donde trabajaba la telefonista.

Los dos hombres se miraron mientras subían la escalera.

—Ya te lo dije. Era sencillo, Número 2.

—Sí, ha sido sencillo, Número 1 —contestó el rubio.

CAPÍTULO VI

—Señorita Tesman —dijo el doctor Gabler—, necesito que vaya al laboratorio. El doctor Chase me aseguró que tendría listo el encefalograma del señor Albertson.

—Sí, doctor.

La joven salió del despacho.

El doctor Gabler quedó a solas, consultando los documentos contenidos en la carpeta del paciente Albertson. Pasaron unos minutos.

La puerta se abrió.

Gabler pensó que sería su secretaria, la señorita Tesman, que ya regresaba del laboratorio.

Pero al alzar los ojos vio que habían entrado dos hombres en su despacho.

El uno era moreno, alto y el otro rubio.

—¿Doctor Gabler? —dijo el alto.

—Sí, soy yo.

El rubio dio una vuelta por la habitación observándolo todo.

—Hay poca luz —dijo.

—Es la que yo necesito —contestó Gabler—. Perdonen, ¿quiénes son ustedes?

Nadie dijo nada.

El rubio continuó dando vueltas y al poco rato se detuvo y preguntó:

—¿Por qué está con tan poca luz?

El alto contestó:

—Ya te lo ha dicho, es la que él necesita.

—No me gustan las habitaciones con poca luz —repuso el rubio, y chascó la lengua.

El doctor Gabler estaba seguro de que sus dos visitantes no habían sido nunca sus pacientes.

Pero ambos se comportaban como hombres necesitados de sus servicios. Por ello, como siempre hacía, fue amable.

—¿Puedo conocer sus nombres? —preguntó.

El alto respondió:

—No hay inconveniente... Yo soy el Número 1 y aquel que ve usted ahí es el Número 2.

El doctor Gabler dio una cabezada. Sí, ahora estaba claro. Eran dos perturbados, dos hombres que no estaban en su sano juicio.

—¿Quién les envió? —Fue su siguiente pregunta.

—Adivínelo —contestó el alto.

—No sé, han podido ser muchas personas.

—Diga una.

—Prefiero no citar ningún nombre.

—Le aburre el juego, ¿eh?

—Sería demasiado largo.

—Está bien. No jugaremos.

El rubio se había detenido ante un esqueleto. Estaba metido en una urna de cristal.

—Eh, Número 1.

—¿Qué pasa, Número 2?

—¿Qué fue esto? ¿Hombre o mujer?

—Que te lo diga el doctor.

—Es el esqueleto de un hombre —respondió Gabler.

—¿Cómo sabe que fue un hombre? ¿No es igual el esqueleto de una mujer?

—Existen diferencias, pero es lógico que usted no las aprecie, no es especialista.

—Usted lo es, ¿eh?

—Sí, desde luego. Estudié en la Facultad de Medicina.

—¿Qué estudió?

—Muchas cosas.

—¿Le sirven de algo?

—Se supone que sí porque soy el director de una clínica...

El alto dejó caer sus palabras como plomo derretido.

—Una clínica de tipos que están chiflados... Ellos están mal de la cabeza y usted los debe curar.

—Me pagan para eso.

—¿Cree sinceramente que ellos lo necesitan a usted?

—Sinceramente, sí.

—¿Se ha preguntado alguna vez si no será usted el tipo más chiflado de todos?

Gabler sonrió con benevolencia.

—Sí, lo he pensado... Todos somos anormales en cierto sentido. El rubio se echó a reír.

—Eh, Número 2, el matasanos es un tipo inteligente.

Gabler se estaba preguntando cuándo aparecería Inger.

Pero no debía esperar a que llegase ella, porque Inger no le podía servir de mucha ayuda. Lo mejor era apretar el timbre que había debajo de la mesa y en un par de minutos tendría allí a dos enfermeros.

La llegada de aquellos dos hombres le había sorprendido con las manos sobre la mesa.

Ahora movió la derecha para bajarla.

—Eh, quieto —dijo el alto.

—No le comprendo. No me he movido.

—Ha movido la mano. Y yo sé para qué... Quiere tocar el timbre que hay debajo de la mesa... Quiere ayuda... Si le dejase tocar el timbre aparecerían por aquí esos tipos, sus enfermeros, los matones...

—No necesito la ayuda de nadie. Ustedes son dos buenas personas. Harán lo que yo les diga.

El rubio rió de nuevo y lo hizo de forma estridente.

—¿Has oído eso, Número 1? Él nos va a dar órdenes y nosotros lo vamos a obedecer... ¿No te lo dije? El tipo está completamente chiflado.

—Sí, Número 2. Creo que lo está.

El doctor Gabler se sentía cada vez más nervioso.

Sabía lo que ocurría cuando uno perdía el control sobre los pacientes. Podía sobrevivir una catástrofe.

Se puso en pie y dijo:

—Ustedes dos van a ser mis invitados.

—¿A qué nos va a invitar?

—Almorzarán conmigo en el comedor... Estarán en la mesa de la dirección, y todos los pacientes de la clínica se darán cuenta de que ustedes son gente importante...

—¿Qué tontería está diciendo, doctor? —repuso el alto—. Ya sé,

piensa que somos dos tipos como los que tiene encerrados aquí. Quiere halagarnos, claro, somos gente importante. Ande, diga, que yo soy Napoleón y que el rubio no es el Número 2, sino el presidente de Estados Unidos. Ande, dígalos...

El doctor Gabler se mojó los labios con la lengua.

Aquello se ponía cada vez más difícil.

El rubio metió la mano bajo la axila y sacó una pistola.

—No lo dice, Número 1, y eso me aburre.

El alto también sacó una pistola.

El doctor Gabler se asustó, pero se dijo otra vez que no debía perder la serenidad.

El rubio sacó algo más del bolsillo.

Era un silenciador.

Con movimiento rápido, lo puso en la pistola.

El alto también exhibió su silenciador, que adosó el arma que manejaba.

Gabler se dijo que aquello iba muy deprisa.

—¡Es, esperen un momento!

El rubio sacudió la cabeza.

—Ya lo ves, Número 2... Siempre la misma canción... Siempre tenemos que esperar... Y ¿a qué infiernos tenemos que esperar?

Gabler levantó una mano.

—Oigan, no sé qué significa esto...

—Ni falta que le hace —contestó el alto.

—Ustedes han venido aquí a matarme.

—Sí, desde luego.

—Para matar se necesita un motivo.

—Claro.

—¿Qué motivo tienen ustedes para matarme?

—No hace falta que lo sepa.

—¿Por qué no? Quiero saberlo.

El doctor miraba ansiosamente la puerta, esperando que de un momento a otro entrase Inger Tesman. ¿Por qué se retrasaba tanto? Pero ¿qué podía hacer Inger? Si ella llegaba al despacho aquellos dos hombres también la matarían. No, no había ninguna esperanza para él. Su vida dependía de sí mismo.

—Le diré una cosa, doctor —dijo el alto—: usted tiene que morir y con eso basta. Moriría de todas formas dentro de unos años, es lo

mismo...

—A mí no me da lo mismo. —Casi gimió el doctor.

—¡Qué pena! —dijo el rubio y apretó el gatillo.

Enseguida disparó el alto.

Gabler se movió espasmódicamente mientras las balas penetraban en su carne.

Cayó en el sillón y los dos hombres continuaron disparando, cosiéndolo materialmente al respaldo.

En ese momento se abrió la puerta.

Inger Tesman apareció en el hueco.

Pudo oír los últimos estampidos.

Se quedó petrificada y abrió mucho los ojos al ver al doctor Gabler, convertido su rostro en una máscara de sangre.

Pero los más asombrados habían sido el alto y el rubio, que volvieron la cabeza.

Inger lanzó un grito y salió de la habitación cerrando la puerta.

El sobre que tenía en la mano cayó en el suelo.

Echó a correr.

Entonces oyó una voz:

—¡Hay que atraparla, Número 2!

Inger dio otro chillido.

Salió de la oficina y se encontró en el desierto corredor.

Durante una fracción de segundo pensó cuál era el camino de huida que más le interesaba. Si iba hacia la escalera, aquellos dos hombres la alcanzarían en el *hall*.

El fondo del corredor se doblaba en una L y, al final del último brazo había una habitación en donde acostumbraban a reunirse los enfermeros francos de servicio.

Al doblar justo por la L sonó un estampido a su espalda. Una bala silbó y se hundió en la pared.

Inger corrió con todas sus fuerzas.

Habían matado al doctor Gabler y ahora la iban a matar a ella.

Nunca llegaría a la habitación del fondo porque los dos asesinos corrían más.

Estaban llegando a la esquina.

Abrió la primera puerta de la derecha.

La habitación estaba a oscuras.

Se descalzó y retiróse hacia el fondo.

Se estremeció al recordar que aquella estancia no tenía otra puerta.

Ella misma se había metido en una trampa.

Si aquellos dos hombres sabían que estaba allí acabarían con ella en unos instantes.

Contuvo la respiración, pero pensó que su corazón la traicionaría porque le golpeaba intensamente contra las costillas.

Los dos hombres habían pasado de largo. Estaba segura.

Pero cuando no la encontrasen, volverían.

¡Estaban retrocediendo!

Ya habían llegado junto a la puerta.

Ahora, pudo oírlos.

—Se debe haber metido en una de estas habitaciones —dijo uno de los asesinos—. Hay que registrarlas.

—No tenemos tiempo.

—Claro que lo tenemos. Tú registra por un lado y yo por otro.

—Corremos un peligro.

—Nos abriremos paso a tiros.

—Eso no fue lo que nos ordenaron, Número 2.

—Está bien. Miraré aquí y se acabó.

Inger se cubrió la boca para ahogar un grito. El hombre abriría la puerta de la habitación donde ella se encontraba.

Pero se equivocó porque oyó abrirse la habitación de enfrente.

—No hay nadie aquí, Número 1.

—Ya basta. Vámonos.

—Está bien, como tú quieras. No te enfades.

—Luego tendremos que dedicarnos a esa muchacha. Es la secretaria del doctor. Se llama Inger Tesman. Lo leí en su mesa.

Las voces se fueron perdiendo a lo lejos.

La joven se apoyó en la pared para no caer porque sus piernas se resistían a sostenerla.

Había salvado la vida, pero aquellos dos hombres la acababan de sentenciar a muerte.

CAPÍTULO VII

Raymond Duc estaba tendido en la cama, en la habitación de su hotel, fumando un cigarrillo.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo.

Inger Tesman entró en la habitación.

Raymond Duc saltó de la cama.

—¡Caramba, ésta sí que es una sorpresa...! —exclamó, yendo al encuentro de la joven.

Ella se apoyó en la pared.

—No he venido aquí a lo que usted cree... Asesinaron al doctor Nils Gabler.

—¿Eh?

—Poco después de marcharse usted, dos hombres lo visitaron y dispararon sus pistolas provistas de silenciador.

—Espere un momento... Quiero saberlo todo, pero necesita calmarse...

—Es lo que me he dicho, pero todavía no he logrado controlarme... Un policía me acompañó hasta el hotel.

—Entiendo. Habló con ellos.

Raymond consultó su reloj.

Habían pasado dos horas desde que habló con el doctor Gabler. Al llegar al hotel había telefoneado a la sobrina del doctor Bergen, pero una mujer le había dicho que Caroline Bergen salía todas las mañanas a las nueve a la oficina de importación donde trabajaba y no regresaba hasta las siete de la tarde.

Raymond preparó dos *whiskies* y alargó un vaso a Inger.

—Beba esto y se sentirá mejor.

La joven bebió un trago.

—Ahora, querida, me lo va a contar todo, desde el principio al fin.

Inger hizo un relato de lo que sabía.

Cuando hubo terminado, Raymond paseó de un lado a otro de la estancia.

—¿Era así cómo se llamaban entre ellos; Número 1 y Número 2?

—Sí.

—¿No dieron otro nombre?

—No.

—Eran dos desconocidos. —De pronto Raymond recordó algo—. ¿Quiere repetir la descripción de esos fulanos?

Inger así lo hizo y Raymond apostó consigo mismo a que había visto a aquellos dos hombres. ¿No tropezó con uno de ellos, el más alto, a la salida de la clínica?

—¿Por qué lo habrán matado? —interrumpió Inger sus pensamientos.

—Creo que la muerte de su jefe está relacionada con las de otras dos personas, y eso me recuerda que cuando llegue a París debo pedir disculpas a mi jefe.

—No sé de qué me habla.

—Dos exagentes secretos, un americano y un ruso, han sido asesinados recientemente. No se sabe quiénes lo hicieron ni el motivo. Fueron cosidos a tiros.

—¡Lo mismo que el doctor Gabler!

—Sí, Inger, y hay otro punto de contacto entre ellos.

—¿A qué se refiere?

—En cierto modo, los tres se relacionaron con una persona. El doctor Nikolas Bergen.

Raymond le contó lo relativo al doctor Bergen.

—¿Conoció al doctor Bergen, Inger?

—No. Yo entré a trabajar en la clínica del doctor Gabler hace un año. Todo esto es nuevo para mí.

—Quizá sea mejor así.

—¿Quiere decir que las personas que conocieron al doctor Bergen están en peligro?

—Sólo algunas.

—¿Pero por qué?

—Si le pudiese contestar a esa pregunta, tendría resuelto el problema...

—¿Supone que el doctor Bergen se encuentra en alguna parte?

—Estoy dispuesto a jurar que no ha muerto. Dígame, Inger, ¿cuál es la hipótesis de la policía respecto a la muerte de Gabler?

—La de que dos perturbados que en otro tiempo conoció el doctor Gabler lo mataron por venganza, en un acto de locura.

—Sí, lo suponía, pero necesitaba oírlo.

—¿No cree más sencillo eso, Raymond?

Duc le pellizcó la barbilla mientras contestaba:

—No me gustan las respuestas sencillas para los casos complicados.

—¿Qué va a hacer?

—En primer lugar, hablaré con la sobrina del doctor Bergen. ¿Quiere acompañarme?

—¿Me necesita?

—Prefiero que venga conmigo y así la podré proteger.

—Trato hecho.

Caroline Bergen era delgada, cara de mal genio y usaba gafas de Carey.

Raymond había decidido no esperar a que la joven saliese de la oficina de importación donde trabajaba.

Se encontraba en una pequeña sala de visitas, en el negocio.

Raymond se presentó.

—Perdonen —dijo Caroline Bergen—. Sólo les puedo conceder unos minutos. He de terminar un trabajo que me pidieron para antes del almuerzo.

—Señorita Bergen —dijo Raymond—, necesito hablar con su tío, el doctor Nikolas Bergen.

—Me temo que eso le va resultar imposible.

—¿Por qué?

—No sé dónde pueda estar mi tío.

—Sé que desapareció en el año 1962 y pensé que quizá usted había tenido noticias de él.

—No, señor Duc; después de su desaparición no he sabido de mi tío.

—¿Es cierto que el doctor Nikolas Bergen iba a hacer una demostración de la habitabilidad del planeta Júpiter?

—Me pareció un poco absurdo.

Raymond recordó que el doctor Gabler le había dicho las mismas palabras.

—¿Por qué le pareció absurdo, señorita Bergen?

—Porque mi tío nunca se había dedicado a esa especialidad. Lo suyo era la Botánica en las eras prehistóricas.

—Imagino que su tío trabajaría en algún laboratorio.

—Sí, señor.

—Me gustaría visitarlo.

—No puede ser, señor Duc. Actualmente el laboratorio de mi tío está convertido en un solar.

—¿Derribaron la casa para construir otra?

—La destruyó un incendio.

—¿Cuándo ocurrió ese incendio?

—Hace unos seis meses.

—¿Quién había en el laboratorio?

—Nadie. Estaba abandonado desde que mi tío desapareció.

—Señorita Bergen, quizá su tío tenía algún colaborador.

—Sí, pero ya murió.

—¿Cuándo?

—Hace cosa de un año.

—¿De qué forma murió?

—De una forma normal. Estaba enfermo y murió en la cama.

—¿Quién era ese colaborador?

—Peter Stromberg.

—¿Casado quizá?

—Sí, por cierto que su viuda se va a volver a casar de un momento a otro.

—¿Me quiere dar la dirección de la viuda Stromberg?

—No tengo inconveniente.

Caroline dio la dirección.

—Está cerca de aquí —dijo Inger—. Llegaremos en un momento.

Raymond dio las gracias a Caroline por su información y él y la secretaria del difunto Gabler salieron de la oficina.

Poco después subían por una escalera hasta la tercera planta de un edificio.

Duc apretó el timbre de la puerta y ésta fue abierta por una mujer de unos treinta y cinco años, esbelta y bella.

—¿Es usted la viuda de Peter Stromberg?

—Sí.

—Soy Raymond Duc. La señorita que me acompaña es Inger

Tesman... Quisiera hablar con usted, señora Stromberg.

—¿Acerca de qué?

—De su difunto esposo.

—Creo que no podré. Vuelva otro día.

—Es imposible, señora Stromberg. Resido en París y vine especialmente para ocuparme de la desaparición del doctor Bergen. Su esposo fue su colaborador.

La doctora Stromberg se mordió el labio inferior.

—Está bien, pero termine pronto.

—Sí, señora Stromberg.

Pasaron a un *living decorosamente amueblado*.

—¿Qué quiere saber, señor Duc? —preguntó la viuda.

—¿De qué murió su marido?

El rostro de la señora Stromberg palideció.

—Nadie lo supo.

—¿Qué quiere decir?

—Fue una extraña enfermedad.

—Hábleme de ello, señora Stromberg.

—Mi marido empezó a sufrir mareos y fiebre. Se metió en la cama... Llamé al doctor y dijo que posiblemente se trataba de una gripe... Pero veinticuatro horas más tarde empezó a cambiar.

—¿En qué sentido?

—La piel de mi marido empezó a ponerse verde... Primero era un verde suave, pero luego el verde era cada vez más intenso... Sufría terribles jaquecas que le hacían perder el conocimiento.

—¿Qué dijo el doctor que lo asistió?

—Pensó que se trataba de un envenenamiento, pero admitió que no conocía ningún veneno que produjese aquel color en la piel.

—¿Cómo siguió evolucionando la enfermedad?

—Todo el cuerpo de mi marido adquirió aquel color verde intenso y murió... Bastaron unas doce horas. Pero entonces ocurrió lo más curioso. Mi marido después de fallecer volvió a adquirir su color normal.

—¿Qué dijo el doctor?

—Firmó la muerte como si realmente hubiese ocurrido por efectos de una gripe.

—¿Usted se conformó?

—Pensé que era lo mejor.

—Señora Stromberg, me temo que tendremos que hacer la autopsia de su marido...

—Señor Duc, eso no puede ser. Los restos de mi marido fueron incinerados.

Raymond dijo:

—Siento que usted contribuyese a borrar una pista preciosa.

—No fui yo, señor Duc. Me limité a cumplir la voluntad de mi esposo.

—Está bien, no discutamos, pues ya nada se puede rectificar. Dígame, señora Stromberg; se refirió usted a que su marido tuvo mareos y fiebre alta... ¿Quizá habló durante esos períodos febriles? ¿Qué decía?

—Fantasías.

—¿Qué fantasías?

—No creo que tengan importancia.

—Quizá la tenga. Por favor, recuérdelas.

—Está bien... Peter decía que el mundo era un inmenso bosque, con árboles de más de cien metros de altura y que la tierra estaba toda llena de arbustos. No había lugar para el hombre porque el hombre se moría...

—¿Qué más?

—Creía que la humanidad estaba pereciendo... De vez en cuando se levantaba de la cama dando gritos... Pedía oxígeno... Decía que la atmósfera estaba impregnada de anhídrido carbónico, que la habitación se llenaba de vegetales, que resquebrajaban los muros y que se iban acercando a su cama... Creo que he dicho lo más importante... Lo demás eran continuos gritos de terror... Me pedía que me salvase.

—¿Cómo se tenía que salvar usted?

—Acabando con los vegetales.

—¿Le dijo cómo tenía que acabar con ellos?

—No.

—Señora Stromberg, su marido murió hace un año, ¿no es eso?

—Sí, el tres del pasado mes hizo un año.

—El doctor Bergen desapareció en febrero de 1962. ¿Desde cuándo colaboraba su marido con el doctor Bergen?

—Colaboró durante algunos períodos, el primero antes de que yo conociese a Peter creo que fue en

1955-56...

Peter me explicó que no le había gustado el carácter del doctor Bergen y se apartó de él dedicándose a dar clases... Mi marido y yo nos casamos en 1957... Un día llegó a casa y dijo que había visto al doctor Bergen y que le había dicho que debía colaborar con él en su laboratorio... Le pagaría el doble de lo que estaba ganando en las clases... Peter aceptó, pero sólo estuvo trabajando en ese laboratorio unos meses hasta que el doctor Bergen lo cerró porque quiso recluirse en una clínica.

—¿Le dijo su marido qué clase de trabajos hacía en el laboratorio?

—Se refirió a que estaba haciendo unos estudios sobre unas plantas.

—¿Qué clase de estudios?

—No me lo dijo y yo no se lo pregunté porque nunca me interesó el tema. Señor Duc, quiero decirle que mi matrimonio con Peter fue una equivocación... Creí estar enamorada de él, pero mi desilusión fue tremenda... Siento decir esto ahora que está muerto, pero creo que es más noble por mi parte reconocerlo así, puesto que me voy a casar de nuevo.

—¿Qué hizo su marido cuando el doctor Bergen se recluyó en la clínica?

—Volvió a dar clases.

—El doctor Bergen salió de la clínica.

—Sí, me lo dijo mi marido.

—Eso quiere decir que se volvieron a ver.

—El doctor Bergen lo invitó a pasar con él una semana.

—¿Dónde?

—Peter no me lo dijo, yo aproveché esos días para estar con mis padres en Norkoping. Regresé aquí mismo al cabo de diez días, pero mi marido tardó todavía una semana en volver.

—¿Supo al fin dónde había estado él?

—No, entre mi esposo y yo las cosas no marchaban bien, discutíamos por cualquier cosa... Su trabajo me tenía sin cuidado... Yo ya estaba enamorada de Christian... Christian y yo nos habíamos conocido de niños, luego nos separamos... Fue mi primer amor... Pensé que lo había olvidado, pero no fue así. Cuando nos volvimos a encontrar en Norkoping comprendimos que sólo podríamos ser

felices si nos casábamos...

—¿Ha sabido alguna vez del doctor Bergen desde que desapareció?

—No.

—¿Hizo algún comentario su marido acerca de esa desaparición?

—No, no hizo la menor alusión... Recuerdo que le pregunté qué podía haber sido del doctor Bergen.

—¿Cuál fue su respuesta?

—Que el doctor Bergen no estaba en su sano juicio y que probablemente se habría marchado a otra parte, y que quizá lo había preparado todo para que lo diesen por muerto.

—Señora Stromberg, le voy a mencionar dos nombres. Quiero que me diga si alguna vez los oyó en boca de su marido... ¿Está preparada?

—Sí.

—Serge Ivanov.

La mujer se quedó pensativa unos instantes.

—No, nunca se lo oí a Peter.

—Lionel Fleming.

La señora Stromberg dejó transcurrir unos segundos.

—No, tampoco...

—¿Está segura?

—Desde luego.

—Desde que desapareció el doctor Bergen, ¿su marido se ausentó alguna vez por algunos días de su casa?

—Sí, varias veces.

—¿Cuánto duraban las ausencias?

—De diez a doce días.

—¿Adónde iba?

—Daba conferencias en algunos centros educativos.

—Quiere decir que viajaba.

—Sí.

—¿Le escribía él o la llamaba por teléfono cuando estaba fuera?

—No, nunca lo hacía.

—Gracias, señora Stromberg. Creo que me ha servido de mucha ayuda.

Inger y Raymond se dirigieron hacia la puerta.

—Un momento, señor Duc —dijo la señora Stromberg—. Ahora

recuerdo algo más.

—¿Qué cosa?

—Un nombre que pronunciaba mi marido en sus delirios.

—¿Qué nombre era ése, señora Stromberg?

—Elvervik...

—¿Es alguna ciudad?

—No, no conozco ninguna ciudad de ese nombre.

—¿Puede ser el nombre de alguna persona?

—Quizá, pero yo no conozco a nadie que se llame Elvervik.

—¿Está segura de que fue eso lo que dijo su marido?

—Lo repitió varias veces, no tengo ninguna duda.

—Gracias nuevamente, señora Stromberg —dijo Raymond.

Salieron definitivamente de la casa.

CAPÍTULO VIII

Inger y Raymond habían terminado de almorzar.

De vez en cuando cambiaban impresiones acerca del doctor Bergen.

—Raymond —dijo Inger—, estoy asustada.

—¿Por qué?

—Tengo la impresión de que algo horrible está ocurriendo en alguna parte... Quizá sea mi imaginación, pero no puedo olvidar lo que he escuchado durante las últimas horas.

Raymond tomó una mano de la joven entre las suyas.

—Deja de pensar en eso.

—¿Podría volver la Tierra a la prehistoria, a ésa era en que predominaba el mundo vegetal?

—Eso es ridículo.

—Creo que tú mismo lo has pensado y que es lo que te inquieta, la posibilidad de que llegase a ocurrir lo que el doctor Stromberg vio antes de morir.

—El doctor Stromberg no vio nada, querida, recuérdalo; sólo estaba delirando...

—Sí, ya lo sé, pero tú crees lo mismo que yo, que en su delirio manifestaba cosas relacionadas con el trabajo que había hecho para el doctor Bergen.

—Es una suposición tuya. Yo por mi profesión he de pensar en muchas cosas. Continuamente estoy barajando posibilidades, pero tú no tienes razón para calentarte la cabeza.

—Raymond, ¿por qué no pides ayuda?

—¿A quién?

—A la policía, a la Interpol.

Raymond se echó a reír.

—¿Sabes lo que harían conmigo? Me pondrían una camisa de fuerza y me encerrarían. ¿Quieres que me presente a la policía

sueca y les diga que sobre el mundo se cierne el peligro de ser destruido por el reino vegetal, que existe la posibilidad de que en un momento determinado los vegetales se pongan en marcha y empiecen a crecer y a crecer invadiendo nuestras carreteras, los pueblos, los aeropuertos...?

—Sí, Raymond, tienes razón, y si yo pretendiese ser tu testigo, también terminaría como tú, con una camisa de fuerza.

—Celebro que estemos de acuerdo.

—Pero ¿qué vamos a hacer entonces?

—Elvervik... Ése es el interrogante. ¿Qué es Elvervik?

—No lo sé.

Raymond se levantó.

—Me vas a esperar unos minutos. Quiero hablar con mi jefe, quizá él me resuelva la papeleta...

—Está bien.

Duc salió del comedor, encaminándose hacia las cabinas telefónicas que estaban a la entrada del local.

Al quedar a solas, Inger encendió un cigarrillo.

Estaba realmente impresionada por los sucesos que había vivido durante aquel día.

Era increíble la forma en que la vida de una persona podía cambiar. Había presenciado el asesinato de su jefe y ahora estaba sumergida en una aventura con un agente secreto cuya existencia desconocía el día anterior.

—Hola, nena —dijo una voz a su derecha.

Sintió un escalofrío al ver al hombre que le hablaba. Era uno de los asesinos, el rubio.

Abrió la boca para gritar, pero en ese momento le habló el otro que estaba muy cerca de ella.

—Cuidado, nena; si abres la boca, te metemos tantas balas en el cuerpo como a tu jefe.

Inger logró contener su grito.

El rubio le sonrió mientras se inclinaba sobre ella.

—Eres muy linda... Hace poco vi una figurita, te pareces mucho a ella... Sí, señor.

—¿Qué quiere?

—No debiste huir... No te habríamos hecho daño. El Número 1 es muy comprensivo... Yo soy el Número 2, ¿sabes? Le dije a él que

tú me habías gustado y ya lo ves, vinimos aquí por ti.

—¿Por mí?

—Vas a venir con nosotros.

—¡No!

—Cuidado, nena. —El rubio borró la sonrisa de sus labios—. Si pones nervioso al Número 1, no habrá salvación para ti.

—¿Adónde quieren llevarme?

—A un lugar que te gustará mucho.

—Esperen un momento.

—¿Por qué?

—Tengo que despedirme.

—¿De quién?

—De mi madre.

—No te preocupes, ya le escribirás una carta diciéndole que estás bien.

Inger miró hacia la puerta del comedor, por dónde debía aparecer Raymond Duc. Pero ahora recordó que el agente había ido a la cabina para conferenciar con su jefe, y su jefe estaba en París. Pasarían muchos minutos antes de que Raymond regresase.

El rubio le puso una mano en el hombro.

—Anda, nena, levántate ya...

Ella no se movió.

El alto dejó oír su voz.

—Lo siento, Número 2, pero ya te advertí que sólo consentiría en llevarla con nosotros si ella lo consentía.

—Claro que lo consiente.

—Te equivocas, ella no quiere acompañarnos. Prefiere quedarse. Tendremos que liquidarla.

Inger creyó morir.

El rubio le clavó la mirada en los ojos.

—Escucha, Inger, puedes vivir o morir y tú eres la que eliges.

—Quiero vivir.

—Sólo puedes seguir respirando si aceptas venir con nosotros.

—Pero es que... ahora no puedo decidirlo.

El rubio le apartó la mano del hombro.

—Sí, Número 1, tú tenías razón; me equivoqué con ella... Listo.

La joven se levantó rápidamente.

—Iré con ustedes.

El rubio sonrió de nuevo.

—Eso está mucho mejor, nena... Tú eres lista. ¿Estás de acuerdo, Número 2?

—No me gusta la forma en que se ha decidido.

—Es lógico que haya titubeado... Ella no me conoce todavía... No sabe que yo soy un buen chico.

—Está bien, no perdamos más tiempo, vámonos...

El rubio tomó a la joven por el brazo.

—Andando, chica.

Inger se había quedado tan fría como el hielo. ¿Adónde la llevaban? Si salía de allí, tenía la impresión de que jamás volvería.

Trataría de escapar de aquellos hombres.

—Un momento —dijo.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó el rubio.

—He de ir al tocador —contestó Inger.

El Número 2 se echó a reír.

—No hace falta que te embellezcas, ya eres demasiado bonita.

Dio un tirón de ella y la puso otra vez en marcha. Salieron del comedor.

Inger miró hacia la cabina telefónica.

El corazón le dio un vuelco al ver que Raymond estaba de espaldas.

Dejó caer el bolso y deseó con todas sus fuerzas que se abriese y que todo su contenido se desparramase por el suelo, como otras veces le había ocurrido. Pero ahora no se abrió.

El alto tomó el bolso del suelo y lo conservó mientras decía:

—Estás un poco nerviosa.

El rubio empujó otra vez a la joven hacia la calle.

Raymond salió de la cabina dos minutos después y entró en el comedor. Al mirar la mesa, la vio solitaria.

Pensó que Inger estaría en el tocador y ocupó su silla.

Había informado a su jefe de todo lo que pasaba.

El Viejo le había dicho un par de veces que los resultados que había obtenido en su investigación no tenían sentido y llegó a preguntarle si había perdido la cabeza.

Duc se tuvo que armar de paciencia y pidió al Viejo que investigase todo lo referente a la palabra Elvervik. Quedó en llamarle una hora más tarde.

Encendió un cigarrillo mientras esperaba.

Vio pasar al camarero que los había servido y lo llamó.

—¿Ha visto a la señorita que me acompañaba?

—Sí, señor, ya se marchó.

—¿Qué quiere decir que se marchó?

—La vi salir con dos caballeros.

Raymond tuvo la impresión de que la sangre se le congelaba en las venas.

—¿Ha visto con anterioridad a esos dos caballeros? —preguntó al camarero.

—No, nunca.

—¿Cómo eran?

—No me fijé muy bien.

Raymond sacó un billete.

—Haga un esfuerzo. Necesito una descripción de ellos.

—Uno era alto, moreno, y el otro más bajo, rubio... —¿Qué más?

—Sólo los vi unos momentos, no le puedo decir más, señor.

Duc le dio el billete.

Echó *a correr* y al llegar a la calle, miró a un lado y otro.

No vio rastro de la joven ni de sus dos acompañantes.

Se acercó al portero uniformado, a quien enseñó otro billete.

—Oiga, amigo, hace unos minutos salió de aquí una joven rubia, muy bonita; la acompañaban dos hombres.

—Sí, señor, los recuerdo.

—¿Hacia dónde fueron?

—Hacia la derecha... Los vi subir a un auto negro, un «Volkswagen».

—¿Se fijó en la matrícula?

—No, señor, lo siento. Sólo vi que seguía adelante, por la avenida.

—¿Identificó a los hombres que acompañaban a la joven?

—No, ni a ella tampoco... Era la primera vez que venían aquí.

Duc le dio las gracias y el billete.

Por el momento, nada podía hacer en favor de Inger. La joven estaba en poder de los perturbados cuyo único fin en la vida era matar.

CAPÍTULO IX

El doctor Nikolas Bergen apretó un botón del cuadro de mandos que tenía delante.

Una puerta se deslizó y entraron en el amplio despacho el hombre alto y el rubio que flanqueaban a Inger Tesman.

El doctor Bergen frisaba en los cincuenta y cinco años de edad y era de cabellos blancos, frente abombada, ojos hundidos en las cuencas, nariz aguileña.

Su ceño se frunció y sus ojos negros llamearon al ver a la joven.

—¿Me quieres explicar el resultado de la misión, Número 1?

Los tres visitantes se detuvieron y el hombre alto se adelantó hacia la gran mesa tras la que se encontraba el doctor Bergen.

—Todo salió bien, doctor Bergen... Sus órdenes fueron cumplidas. El doctor Gabler ya no existe.

La joven extendió su mano apuntando al doctor.

—¿Usted es el doctor Bergen?

—Sí.

—Lo están buscando.

—¿Quién me busca?

—Green que murió.

—Estoy muerto para el mundo.

—Usted no puede hacer eso.

—¡Cállese!

La joven fue a replicar de nuevo, pero el rubio tiró de ella haciéndola retroceder.

El doctor Bergen parecía muy contrariado.

—Número 1, acabas de decir que fueron cumplidas mis órdenes, pero yo no dije que trajerais una mujer aquí.

—El Número 2 me lo pidió.

—¿Por qué?

—Se enamoró de ella y pensó pedirle por su vida Bergen miró al

rubio.

—¿Qué tienes que decir, Número 2?

El rubio forzó una sonrisa.

—Oiga, doctor Bergen, usted dijo que salvaría a unas doscientas personas de la civilización actual y entre esas doscientas tiene que haber cincuenta mujeres...

—Hasta ahora sólo tiene a cuarenta y yo pensé que esta chica, Inger Tesman, podía ser una de las diez que faltan.

—¿Y quién eres tú para elegirla?

—Perdone, Bergen, pero me enamoré de la muchacha.

—¿Qué tú te enamoraste...? ¡No te envié fuera de aquí para que te enamoras, sino para que ejecutases a un traidor!

—Nosotros cumplimos la misión.

—No habéis ejecutado mis órdenes desde el momento que habéis traído aquí a una persona extraña. Número 2, mereces un castigo.

El rubio se había puesto muy pálido.

—Doctor Bergen, nunca le he pedido nada. Esta vez quiero pedirle que salve la vida de esta mujer... Yo la necesito.

—Muy bien, Número 2; tomaré en consideración tu petición y ya te anunciaré mi fallo.

—Gracias.

—Pero sigues mereciendo un castigo y te lo voy a imponer. Darás alimento a las plantas carnívoras del Sector Z durante dos semanas.

—Sí, doctor Bergen.

Inger intervino.

—Quiero hablar con usted, doctor Bergen.

—¿Acerca de qué?

—¿Qué es lo que se propone?

—No es asunto suyo, señorita Tesman.

—Claro que es asunto mío... Quiere acabar con la vida en el planeta, destruir a los seres humanos... Por eso mató a Serge Ivanov, a Lionel Fleming y al doctor Gabler...

El doctor miró a los dos hombres.

—¿Qué le habéis dicho vosotros? ¿Qué clase de estúpidos sois?

—Nosotros no le hemos dicho nada —dijo el hombre alto.

—Puede que no se lo hayas dicho, pero habrá sido el Número 2.

—No, doctor Bergen, yo no le he dicho nada —repuso el rubio.

—Puede saber lo del doctor, pero no lo de Ivanov o lo de Fleming.

El hombre alto contestó:

—Puedo responderle de eso, doctor Bergen. El Número 2 no se ha apartado de mí en ningún momento y jamás hablamos de Ivanov o de Fleming en presencia de la muchacha.

—Entonces, ¿cómo lo sabe ella?

Inger se dio cuenta de que había cometido un error.

Los tres hombres la miraban con interés.

—¿Cómo ha conocido la muerte de Ivanov y la de Fleming, señorita Tesman? —preguntó el doctor Bergen.

Transcurrieron unos segundos.

—No lo quiere decir, ¿eh? Muy bien, tendré la respuesta enseguida.

—Nunca tendrá la respuesta, aunque me mate.

—No hace falta que la mate... Tengo procedimientos para conocer los secretos de los humanos... Llévala al laboratorio.

El laboratorio era una especie de invernadero.

Había urnas por todas partes que contenían cultivos de plantas.

Se veían lámparas que emitían radiaciones sobre determinados arbustos.

Inger estaba entre el Número 1 y el Número 2.

La joven descubrió en el centro de la estancia una mesa de operaciones. Sí, parecía un quirófano.

De pronto se abrió otra puerta del fondo.

Se oyó un aullido.

—¡No quiero morir, no quiero...!

Dos negros muy altos que se cubrían con un taparrabos de piel de leopardo, conducían a rastras a un chino.

—¡No he hecho nada! —gritaba el chino—. ¡Perdón, doctor Bergen...! ¡No fue culpa mía...!

Forcejeaba por librarse de los dos negros, pero éstos eran muy fuertes.

Por otra puerta apareció el doctor Bergen, quién era seguido por cuatro enfermeras, cuatro esbeltas mujeres que en lugar de llevar la bata clásica de enfermera, se cubrían con pantalones y jerséis verdes.

—¿Qué va a hacer conmigo, doctor Bergen? —gritó el chino que estaba de rodillas.

—Conoces las leyes... Todos las sabéis... El que mata a una planta, debe morir.

—Fue accidental, se lo juro, doctor Bergen.

—Estabas borracho y derramaste un vaso de *whisky* sobre aquella planta. La quemaste, murió dando aullidos.

—No fue intencionadamente, no me di cuenta de lo que hacía... Le prometo que no lo volveré a hacer.

—Demasiado tarde. La ley dice en estos casos que las plantas deben tomar venganza...

—¡No!

—Llévalo al poste del suplicio.

El propio doctor Bergen manejó una palanca de un tablero de mando. Del suelo surgió una barra de acero provista de argollas.

En unos instantes los dos negros aprisionaron allí al chino y se apartaron rápidamente. El doctor Bergen apretó un botón y del techo bajó una campana transparente que cubrió el poste del suplicio.

El oriental tenía los ojos desorbitados.

—¡No, doctor Bergen! ¡He sido su colaborador! He trabajado con usted... ¡Soy un especialista en plantas asiáticas...! Le he proporcionado muchas cosas...

Inger estaba muy impresionada por la escena que se estaba desarrollando ante sus ojos. Se creía en otro planeta.

El doctor Bergen, imperturbable ante las súplicas del chino, movió una palanca del tablero de mandos.

A dos metros del poste donde se encontraba el chino se produjo un hueco en el suelo.

Por el agujero se oyó un silbido siniestro.

El chino empezó a dar tirones de las argollas.

—¡Doctor Bergen, cubra ese agujero! ¡Cúbralo!

El silbido se oía cada vez más fuerte.

Inger estaba como hipnotizada, mirando el agujero de donde brotaba el terrorífico sonido.

De pronto, vio aparecer una planta. Eso era, sólo una planta.

Parecía una hiedra.

Aquel largo tallo, fuerte y poderoso, estaba provisto de unas

hojas que no se parecían a nada de ninguna de las que Inger conocía. Eran largas y finas como cuchillos.

Pero ahora apareció otra rama y las hojas eran distintas, circulares, parecían ventosas.

El chino atado al poste del tormento sudaba por todos sus poros.

El terror lo había hecho enmudecer.

Por el agujero seguían apareciendo ramas que, indistintamente, tenían aquellas dos clases de hojas, como cuchillos o como ventosas.

De pronto, seis de aquellas ramas se movieron hacia el poste.

El chino recuperó el habla al soltar un nuevo aullido.

Las ramas cayeron sobre él, lo rodearon.

Inger creyó más que nunca estar viviendo una pesadilla.

Las hojas puntiagudas se hundían en la carne del chino, pero enseguida salían para ser ocupadas por las ventosas.

La sangre de aquel ser humano estaba siendo absorbida por la planta.

La víctima se debatió unas cuantas veces, pero sus gemidos de dolor fueron languideciendo hasta que finalmente dio un último estertor y colgó flácido.

El doctor Bergen oprimió un botón. Las argollas que sujetaban al chino se abrieron y entonces la planta se retiró rápidamente llevando consigo los restos de su víctima.

En unos segundos desapareció por el agujero y entonces el doctor Bergen cerró la trampa.

Inger se volvió hacia Bergen.

—¡Usted es un asesino!

El doctor Bergen le sonrió.

—Señorita Tesman, cada hombre tiene un destino que cumplir en la vida y el mío fue el más grande... Voy a acabar con la plaga más terrible que ha sufrido la Tierra. Acabaré con el hombre...

—Usted se contradice, doctor Bergen... He oído que va a dejar vivos a doscientos seres humanos... Así pues, no va a terminar con la plaga.

—Los doscientos hombres que quedarán conmigo pensarán de distinta forma a cómo piensan los hombres.

—Me acaba de dar una prueba de que su plan es un fracaso... ¿No oyó a ese chino? A ese hombre lo mataron porque, según usted, incumplió sus leyes.

—Ese oriental llevaba conmigo sólo unas semanas... Estaba en tratamiento, aún no había terminado con él. No me dio tiempo para desarraigarlo de sus costumbres como hombre.

—Habla como un loco, doctor Bergen... Usted estuvo en una clínica, sometido a tratamiento psiquiátrico... Es el lugar que le corresponde... No es una persona responsable, pero quizá todavía hay cura para usted... Vuelva a la civilización y sométase de nuevo a la medicina.

El doctor Bergen se echó a reír.

—Es usted encantadora, señorita Tesman, pero se ha apartado de la cuestión principal... La traje a este lugar para que me dijese cómo llegó a informarse de la muerte de Ivanov y de la de Fleming... ¿Me lo dice ahora?

—¡No!

—Muy bien, me lo dirá enseguida.

Inger se estremeció pensando que la pudiesen meter en la extraña planta del pozo.

—Llévenla a la mesa de operaciones —ordenó el doctor.

Inger trató de resistirse, pero era demasiado débil para la fuerza desarrollada por el Número 1 y el Número 2.

En pocos instantes quedó inmovilizada sobre la mesa de operaciones.

Vio aparecer ante ella la cabeza del doctor Bergen. Traía algo en la mano. Una especie de maceta, donde crecía una planta dentro de una caja de plástico transparente.

—Fíjese en lo que contiene esta caja, señorita Tesman.

No hacía falta que el doctor Bergen se lo dijese, ya estaba mirando la caja.

Se quedó paralizada al ver que la planta estaba formada por dos hojas que coincidían como si fuese una boca. En cada extremo de la hoja había una fila de dientes de sierra.

—¿Qué es eso?

—Lo que yo utilizo para que las personas me digan la verdad —contestó el doctor.

—No lo entiendo...

—Yo le aplicaré esta caja sobre su pecho. Apretaré un resorte que dejará al descubierto un agujero para que la planta pueda salir... ¿Sabe lo que pasará después? La planta la morderá en

cualquier punto, en su cuello, en su cara... Destila una droga superior a cuantas han conseguido los seres humanos en sus laboratorios... Dormirá durante unos minutos y luego hará cuanto yo le ordene.

—¡No es verdad!

—Usted será mi esclava, señorita Tesman...

—¡Me está engañando!

—Si yo la sometiese tres veces a este tratamiento, su voluntad será mía por el resto de su vida...

—No le creo una sola palabra.

—¿No vio a las enfermeras que vinieron conmigo?

—Claro que las vi.

—Ellas sufrieron el tratamiento completo que ahora voy a iniciar con usted... No hacen otra cosa que lo que yo les ordene... Son dóciles y están siempre dispuestas a servirme.

Inger estaba paralizada por el terror.

—Está bien, señorita Tesman, comprobaré que no la amenazo en vano.

Tomó el vestido de la joven por el escote y dio un tirón, desgarrándolo.

Luego, puso la caja de plástico sobre el pecho de la muchacha.

Apretó un resorte de la caja y un trozo del lado izquierdo se deslizó produciéndose un hueco.

Las dos hojas provistas con dientes de sierra salieron por el agujero.

Inger había levantado la cabeza para observar el hueco. Lanzó un grito.

Sacudió la cabeza de un lado a otro cerrando los ojos.

Aquella boca dentada se clavó en la garganta femenina y se retiró rápidamente.

En el cuello de Inger había quedado la marca de una pequeña mordedura.

Sonriente, el doctor Bergen cerró otra vez la caja y alargó ésta a una de sus hermosas enfermeras.

Inger fue languideciendo poco a poco, hasta quedar inmóvil.

El doctor se inclinó sobre ella.

—Inoculen para despertarla.

Otra de las enfermeras ya estaba preparada. Sostenía una aguja

hipodérmica con la que se acercó a la víctima.

Le inyectó en el brazo y se retiró.

Pasaron dos minutos y la muchacha joven empezó a despertar.

—¿Te encuentras bien, Inger? —La tuteó el doctor Bergen.

—Sí... Muy bien...

—¿Quién te habló de la muerte de Ivanov y de la de Fleming?

—Raymond Duc...

—¿Quién es Raymond Duc?

—Un policía francés.

—¿Dónde está?

—En Estocolmo.

—¿Dónde se aloja?

—En el Christopher Palace, habitación 118.

El doctor Bergen miró al Número 1.

—¿Qué me dices de eso?

—Debe ser el hombre con el que estaba comiendo cuando la hicimos prisionera... Pensamos matarlo, pero casualmente, él se marchó a la cabina telefónica... Decidimos dejarlo vivo si no nos estorbaba.

—No se puede confiar en vosotros. Dejasteis vivo a un hombre que realiza una investigación de mis actos.

—Podemos rectificar...

—Está bien, irás tú, pero no te acompañará el Número 2 que está condenado a sufrir un castigo... Irá contigo otro. El Número 5 está deseoso de probar su eficiencia.

—Sí, señor, iré con el Número 5.

—Salid inmediatamente. Quiero que ese Raymond Duc muera cuanto antes.

—Lo mataremos, doctor Bergen.

El doctor Bergen se inclinó sobre la joven, cuyo rostro había permanecido inalterable mientras dictaba la sentencia de muerte contra Raymond Duc.

—Querida, ya te lo dije, serías una sumisa esclava mía... Es así como debes ser. Ya he suprimido de tu mente toda mancha humana... Sí, es posible que continúe el tratamiento contigo, hasta que seas dócil para el resto de tus días... ¿Estás de acuerdo, querida?

—Sí, doctor Bergen —contestó Inger.

CAPÍTULO X

—No sé lo que quiere decir Elvervik —dijo el Viejo desde París, a través del cable.

—¿Es que no preguntó?

—Claro que pregunté en todas partes, pero nadie me ha sabido decir el significado de esa palabra.

—Es importante, jefe, la chica desapareció...

—Ya la habrán matado, si es verdad lo que usted dice, Raymond.

—Tengo esperanzas de encontrarla viva.

—Todo eso que me ha contado parece pertenecer a un filme de ciencia ficción... Raymond, ¿está seguro de que no se ha dejado llevar por su fantasía?

Raymond dio un suspiro.

—No, jefe, usted sabe que soy muy realista con las mujeres y también lo soy cuando me dedico a un trabajo.

—Espere un momento, Raymond, me llega una información.

Se desgranaron unos segundos.

—¡Raymond, ya lo tengo!

—¿Elvervik?

—Sí, es un informe de un profesor de lenguas muertas.

—¡Hable de una maldita vez, maldita sea...!

—Elvervik es una palabra de un dialecto noruego que se dejó de hablar en el siglo xv.

—¡Diga qué significa!

—Mundo vegetal.

—¿Qué?

—Mundo vegetal.

—Y usted decía que yo estaba equivocado.

—No prueba nada.

—Claro que prueba... El doctor Stromberg estaba muriendo...

Recuerde que todo su cuerpo era de un color verde.

—En su desvarío, se creyó quizá una planta.

—No haga chistes, jefe.

—Era un especialista en botánica, usted lo ha dicho...

—Pero había sido colaborador del doctor Bergen... Y lo que me dijo la viuda coincide con lo que me declaró el doctor Gabler... El doctor Bergen soñaba con un mundo de una de las primitivas eras geológicas, cuando el hombre todavía no había aparecido en la Tierra y nuestro planeta estaba dominado por el reino vegetal...

—No me repita eso, Raymond.

—Le asusta, ¿eh, jefe?

—¿Qué es lo que se propone, muchacho?

—No tengo una maldita pista que llevarme a la boca.

—Sáquesela de la manga.

—Eso es lo que quisiera ser ahora, jefe; un mago. Pero me temo que sólo soy un agente del *Deuxième Bureau*... Lo tendré al corriente.

—Le enviaré un par de chicos. Llegarán ahí en unas horas...

—¿Para qué me van a servir?

—Quizá su cabeza esté un poco confusa y necesite colaboración para aclarar ideas...

—Muy gentil, jefe —dijo Duc, y colgó.

Se encontraba en la habitación de su hotel.

Se tocó la mejilla.

Necesitaba un afeitado.

Muchas veces se le habían ocurrido ideas mientras se rasuraba.

Y ahora necesitaba ideas más que nunca.

Sacó la maquinilla eléctrica y fue al cuarto de baño.

Enchufó y empezó a rasurarse.

Ya había terminado con una parte de la cara, la izquierda, cuando oyó pasos.

Era demasiado tarde para apoderarse de la pistola que colgaba de su hombro.

Un hombre apareció en el hueco del cuarto de baño. Manejaba una pistola con silenciador.

Lo identificó enseguida.

Era el alto con el que había tropezado a la salida de la clínica del doctor Gabler.

Detrás de él apareció otro individuo. También exhibía pistola con silenciador. Pero no era rubio, sino moreno.

Los dos tenían cara de palo, como si fuesen a asistir a un funeral. Claro, tenía razón para poner aquella cara. Era «su» funeral.

—Hola, muchachos —dijo Duc, y continuó afeitándose el lado derecho de la cara.

Ninguno de sus dos visitantes dijo nada.

—Ahora que recuerdo —prosiguió Raymond—, cerré la puerta con llave.

—Lo estaba —dijo el alto.

—Vaya, tiene lengua.

—Usted es Raymond Duc.

—Se equivoca, no soy Raymond Duc.

—¿No? ¿Cómo se llama ahora?

—Rock Hudson. Pero no lo digan por ahí. Viajo de incógnito. En cuanto las mujeres se enteran, no me dejan tranquilo... Gajes de la fama, compañero.

—Señor Duc, sus ingeniosidades no me hacen ninguna gracia...

—No es mía la culpa si su cerebro no es flexible.

—¿Por qué está investigando la muerte de Serge Ivanov?

—¿Eso estoy haciendo?

—No responda tonterías o le servimos el plomo ahora mismo.

—Está bien, contestaré a su pregunta, compañero. Pero, dígame antes, ¿quién es usted, el Número 1 o el Número 2?

—Soy el Número 1 y éste es el Número 5.

—¿Qué pasó con el Número 2?

—Sufre un castigo.

—De modo que lo dejaron sin postre... ¿Y por qué, si puede saberse?

—Se enamoró de Inger.

Raymond tuvo que contenerse.

Sonrió mientras continuaba su afeitado frente al espejo.

—Así que el Número 2 se enamoró de Inger... Ahora se casarán y tendrán numeritos.

—Todavía no ha contestado a mi pregunta, señor Duc.

—¡Oh, sí! Con esto de los Números me hice un lío... Usted preguntó por qué estoy investigando la muerte de Serge Ivanov.

—Eso es.

—Serge Ivanov era un colega.

—Un enemigo porque era ruso.

—Sí, es verdad. Rivalizamos en muchas cosas, pero fuera de las horas de faena, los agentes nos llevamos bastante bien. Comprendemos que cada uno de nosotros ha de seguir unas órdenes. Pero procuramos ayudarnos cuando no trabajamos. Nosotros, en cierto modo, también somos deportistas y hacemos nuestro el lema olímpico: «Lo importante es competir, y no triunfar».

Raymond estaba ganando tiempo, pero no le servía de mucho porque continuaban apuntándolo con las pistolas provistas con silenciador.

—Imagino lo que me va a responder si le pregunto por qué investiga la muerte de Lionel Fleming —dijo el alto—. Dirá que también era su amigo.

—No, ésa no sería mi respuesta.

—¿Cuál es?

—Lionel Fleming y yo fuimos algo más que amigos.

—¿Qué cosa fueron?

—Como dos hermanos... Él me salvó la vida en una ocasión y yo se la salvé a él...

Era una fábula. Raymond no había coincidido nunca en un trabajo con Fleming, aun cuando había oído contar muchas cosas del americano.

—Está bien, señor Duc.

—¿No quiere conocer la historia?

—No, no me interesa.

—Pero si es muy buena...

—Va a morir.

El Número 1 movió la cabeza y el Número 5 puso el dedo en el gatillo.

Raymond sintió un vacío en el estómago.

—¿Qué le pasa a su compañero? ¿Es mudo? No le he oído decir una palabra.

—Es su primer trabajo.

—Vaya, conquie el doctor Bergen le confió una misión.

El Número 1 arrugó el entrecejo.

—¿Qué sabe del doctor Bergen?

—Tengo un informe completo en el bolsillo de mi americana... Hace un rato conferencié con París. Si llegan ustedes un poco antes, hubiesen escuchado lo que yo decía del doctor.

—Está mintiendo, no pudo dar ningún informe a París sobre el doctor Bergen.

—Conque no, ¿eh? Le diré unas cuantas cosas y usted me dirá si le miento o no.

—Hable.

Raymond continuó pasándose la maquinilla eléctrica por el cuello.

—El doctor Bergen quiere resucitar Elvervik...

—¿Eh?

—Elvervik, el mundo vegetal de hace mil millones de años... Eso es lo que quiere; destruir la raza humana... Los hombres mancharon lo que la Naturaleza les entregó... Nuestros antepasados no supieron ser depositarios de aquellos preciados dones.

El Número 1 parecía abstraído mirando a Raymond.

Dio dos pasos hacia el interior de la estancia.

Duc saltó sobre él, lo atrapó por la muñeca armada y lo atrajo hacia sí, mientras desviaba la pistola.

Se produjo un estampido, pero la bala hizo un desconchado en la pared.

Duc sabía que tenía que ser más rápido que en cualquier otro momento de su vida.

El Número 5 entró también en la habitación. Si disparaba lo haría contra su compañero.

Raymond le pegó un puntapié en la mano con que empuñaba la pistola.

Luego, Duc hizo un movimiento rápido con la maquinilla eléctrica.

El cable rodeó el cuello del Número 1.

Duc dio un tirón fuerte y sintió cómo las vértebras de su prisionero crujían.

El Número 5 se abalanzó sobre Raymond y el Número 1.

Duc lo recibió con otro puntapié y esta vez lo atrapó por la ingle.

El Número 5 cayó retorciéndose.

Raymond dio otro tirón al cable para asegurarse. Pero notó que

el cuerpo del Número 1 se relajaba y lo dejó caer en el suelo.

Sí, había sido muy rápido, porque todo había sucedido en muy pocos segundos.

El Número 5 tenía los ojos llenos de lágrimas y se sujetaba el vientre con las dos manos.

Raymond tomó las dos armas provistas de silenciador y las arrojó sobre la cama.

—Vuelvo enseguida contigo, muchacho. No te vayas.

Fue al dormitorio y sacó de su equipaje unas esposas.

Regresó al cuarto de baño.

El Número 5 estaba intentando levantarse.

—Espera un momento, hombre —dijo Raymond, y le pegó un puntapié en la barbilla.

El Número 5 se desplomó y casi perdió el sentido.

No opuso resistencia a la maniobra de Raymond, que consistió en ponerle las esposas.

A continuación, el agente del *Deuxième Bureau* sacó el cable de la maquinilla eléctrica.

Enroscó los extremos del cable a las esposas metálicas.

Tomó una toalla que mojó en el grifo del lavabo y golpeó con ella la cara de su prisionero.

—Vamos, muchacho, despierta... Tú y yo vamos a contamos fábulas...

El Número 5 se recuperó un poco.

—Escucha, Número 5 —dijo Duc—; quiero saber muchas cosas y tú me las vas a decir... Por ejemplo, quiero saber dónde está el doctor Bergen.

—No me sacará nada.

—Eso es lo que tú crees.

Raymond introdujo los dos polos del cable en el enchufe de la pared.

Instantáneamente, el Número 5 fue presa de violentas sacudidas.

Duc volvió al dormitorio, encendió un cigarrillo y regresó.

Después de echar un chorro de humo por la boca desconectó el cable.

El Número 5 hacía rechinar los dientes.

—Bueno, muchacho, ¿qué tal te encuentras? ¿Verdad que mucho mejor? Anda, dime ahora dónde se encuentra el doctor Bergen.

—No se lo puedo decir.

—No, ¿eh? Bueno, seguiremos...

Duc fue a enchufar nuevamente.

—¡Espere un momento!

—Vamos, rápido, tengo prisa...

—Usted nunca podrá entrar allí.

—Eso no te debe preocupar... ¿Dónde es?

El Número 5 se puso a titubear.

Raymond metió otra vez los polos en el enchufe.

El Número 5 se estremeció nuevamente.

Raymond no esperó tanto tiempo como antes para desconectar.

—¿Dónde es?

—Se lo diré... ahora mismo...

CAPÍTULO XI

Inger despertó en un mullido lecho.

Tenía la sensación de que estaba viviendo en un mundo irreal.

Miró a su alrededor y tuvo una prueba más de que quizá era víctima de un sueño.

En aquella habitación predominaba el verde en todos sus matices, desde el más claro al más intenso.

Ella misma se cubría con un corpiño verde y un pantalón como el de aquellas enfermeras, que se adhería perfectamente a sus piernas.

Se abrió una puerta y dos jóvenes que tenían la misma vestimenta, corpiños y pantalones largos, entraron en la habitación.

Las dos eran hermosas y bellas.

—Bienvenida a Elvervik —dijo la más alta, que tenía el cabello rojizo.

—¿Elvervik? ¿Qué es eso?

—El mundo vegetal del doctor Bergen.

—¿Quiénes sois vosotras?

—Yo soy Amapola y ella es Orquídea. Nos han dicho tu nombre. Serás Azucena.

—Mi nombre es Inger Tesman.

—Eso era en tu mundo, ahora estás en el nuestro; serás Azucena.

—¿Cómo habéis llegado aquí?

—Somos muy felices en Elvervik.

—No, no lo podéis ser...

—Tenemos todo lo que queremos.

—Yo sé lo que han hecho con vosotras... Se apoderaron de vuestra voluntad, me lo confesó el doctor Bergen.

El rostro de Amapola se endureció.

—No digas eso del doctor Bergen, es muy bueno con nosotras.

—Vosotras no lo podéis comprender... Decís eso porque él se ha

convertido en vuestro dueño... Sois sus esclavas.

—Ya nos ha advertido contra ti el doctor Bergen. Tú eres la que estás contra nosotras, pero nos ha dicho que muy pronto te convencerá.

—¡Oh, sí, ya sé! Él me convencerá con ayuda de esa horrible planta que muerde inoculando una droga. Fue lo que hizo con vosotras, pero no sé por qué os lo digo si no podéis recordar nada y estáis dispuestas a creerlo a él y no a mí.

—Vas a venir con nosotras...

—¿Adónde?

—El doctor Bergen te invita a comer con él.

—No, muchas gracias.

—No puedes hacer eso.

—Claro que puedo hacerlo, porque todavía soy libre.

—Es mejor que aceptes venir con nosotras. De lo contrario, te enviaré a dos hombres y ellos son muy brutos. De todos modos, tendrás que ir al comedor con el doctor Bergen.

Inger meditó sobre las palabras de Amapola.

—Está bien, iré.

Amapola volvió a sonreír.

Inger saltó de la cama.

Las dos jóvenes que habían venido por ella le flanquearon.

Salieron de aquel dormitorio y cruzaron por un gran corredor.

Al final había un salón donde estaba dispuesta una mesa.

Bergen se encontraba a la cabecera. Se había vestido con unos ropajes brillantes, en los que predominaba también el verde.

—Ven aquí, siéntate a mi lado, Azucena.

La joven obedeció.

Entonces, las otras dos jóvenes hicieron una inclinación y salieron de la sala.

—Eres muy hermosa, Azucena.

—¿Por qué no deja de llamarme Azucena y me llama por mi verdadero nombre?

—Azucena es el que a mí me gusta.

—A mí no.

—Te he visto cuando te bañabas.

—¿Qué usted me vio?

—Sí, eres perfecta... Ahora comprendo por qué el Número 2 se

enamorado de ti... En cierto modo, estoy satisfecho de que obrase por sí mismo. Pero desde el punto de vista de nuestras leyes, no lo puedo permitir.

—Ya oí que usted lo castigó.

—Fue un castigo muy simple que ahora voy a aumentar... El Número

2 va

a desaparecer del mundo de los vivos.

—¿Por qué va a hacer tal cosa?

—No quiero tener un rival.

—¿De qué está hablando?

—Te debo decir una cosa que va a ser muy interesante para ti... Todavía no he elegido a la reina que deberá compartir conmigo el mando... He pensado que quizá tú lo serías con más merecimiento que cualquier otra... Siempre he deseado que la mujer que se sentase a mi izquierda fuera la más hermosa de todas, y tú lo eres.

Inger se repetía una y otra vez que no estaba viviendo en un mundo real. Pero no, no había ninguna duda; estaba despierta.

El doctor Bergen era un loco. ¿No había pasado una larga temporada en una clínica psiquiátrica?

Por ello, porque estaba loco, quería organizar el mundo a su manera.

—Le daré mi respuesta, doctor Bergen.

—Te escucho.

—Si yo tuviese que elegir entre usted y el Número 2, no vacilaría en decidirme por él.

La cara del doctor pareció esculpida en granito.

—No, te aseguro que no lo podrás elegir *a él*... Acompáñame.

—¿Adónde?

—Al jardín.

—Todavía no he comido.

—Comerás después... Es una orden. Sígueme o te hago llevar a la fuerza.

Inger siguió al doctor Bergen a través del salón.

Salieron a una terraza a cuyos pies había un extraño jardín.

Estaba formado por calles. A ambos lados de las calles había unas grandes cajas de plástico transparente, en cuyo interior crecían unas extrañas plantas que Inger no había visto jamás.

Algunas de las plantas se movían.

—¿Qué es eso?

—Plantas carnívoras que son desconocidas hoy en la Tierra. Vivieron hace muchos millones de años.

—Pero ¿cómo ha podido conseguir las usted?

—Fue difícil, pero lo logré... Sus semillas se encontraban en las regiones polares, muchas de ellas a centenares de metros de profundidad... Esas semillas han estado sometidas a una hibernación por los grandes cataclismos geográficos... Quedaron prensadas en glaciares y así han logrado subsistir hasta nuestros días... Todavía hay muchas. Durante años logré extraerlas y ahí las tiene ahora... Con un clima adecuado, esas semillas han dado su fruto.

—Pero ¿qué fin persigue usted?

—Esas plantas darán miles de semillas. Muy pronto cumplirán su misión en el planeta llamado Tierra... Serán mi ejército, el ejército más grande que jamás hombre alguno haya tenido a su disposición... Al fin, el mundo vegetal va a tomar venganza contra el hombre, que lo trituró y lo machacó.

—¡Usted no puede hacer tal cosa, doctor Bergen! No puede comparar a los hombres con vegetales...

—¿No? ¿Por qué? ¿También me vas a decir tú que los hombres son seres vivos y las plantas no lo son? Contempla a esas plantas y dime si no son cuerpos vivos... También ellos tienen células, también ellos se mueven y necesitan alimentos, y respiran... Toda planta, por insignificante que sea, cumple una función biológica... Y ahora, calla. Hemos venido aquí para asistir al castigo del Número 2.

Bergen se volvió hacia la derecha.

A un lado de la terraza había un tipo enorme que medía casi dos metros. Se cubría con un taparrabos y estaba al lado de un gong.

El doctor Bergen levantó una mano y aquel gigante golpeó el gong con un martillo.

Inger se cubrió los oídos con las manos.

Por una de las calles apareció el Número 2 con las manos atadas a las espaldas. Era conducido por dos de aquellos negros.

—¿Qué significa esto, doctor Bergen? —inquirió el rubio.

—Te voy a imponer el castigo.

—Ya fui juzgado y usted me condenó a alimentar durante dos semanas a estas plantas...

—Mi sentencia no fue justa.

El rostro del Número 2 se iluminó.

—¿Quiere decir que va a dejar sin efecto el castigo?

—Sí. Ahora pronunciaré otra sentencia.

—Gracias, doctor Bergen.

—Serás introducido en la caja del Dragón Gigante.

—¡No! —gritó el Número 2.

—Ésa es mi sentencia inapelable.

—Pero ¿por qué?

—Porque has puesto los ojos en la mujer que yo deseo.

El Número 2 estaba aterrorizado.

—¡No, doctor Bergen! ¡Renunciaré a ella! ¡Si usted quiere, nunca más la miraré!

Los dos negros atraparon al Número 2 y lo arrastraron.

Inger intervino:

—¡Doctor Bergen, no haga eso! ¡No quiero que ese hombre muera!

—¿Por qué no? ¿Acaso te interesa?

—No, doctor... No me interesa en el sentido que usted sugiere... Pero no puedo consentir que ese hombre muera por mi culpa.

—Dije antes que no había apelación para mi sentencia...

—Por favor, doctor Bergen...

—¡Cállate y mira!

Uno de los negros había hecho arrodillar al Número 2.

El otro negro, valiéndose de una larga pértiga, abrió la puerta de una de las cajas transparentes.

La enorme planta que había dentro empezó a mover los largos brazos, como tentáculos, con gran rapidez. Del interior partía un murmullo que fue ganando en intensidad.

El negro que estaba al lado del prisionero tomó a éste y lo levantó sobre su cabeza.

La víctima se debatía lanzando chillidos.

El negro inspiró profundamente y lanzó a su víctima contra la caja.

El Número 2 fue atrapado en el aire por los tentáculos.

Lanzó un aullido que se confundió con el de Inger.

Con una rapidez extraordinaria, los tentáculos introdujeron su presa en la caja, y en unos segundos, el cuerpo del Número 2 desapareció en la parte central del arbusto, en donde se produjo un siniestro crujido de huesos.

Inger volvió la cabeza para no ver el espantoso espectáculo.

El doctor Bergen la tomó por el brazo.

—Volvamos al salón.

Ella lo miró con fiereza.

—¡Es usted el peor de los monstruos!

—Soy un genio... Tengo mayor poder que cualquier otro hombre haya podido poseer desde su aparición en la Tierra, y yo haré un mundo más justo... Ya hablaremos de eso más adelante... Quiero que conozcas mis planes...

Inger se dijo que no podría convencer al doctor Bergen. Aquel hombre se creía un dios, era dueño de la vida y de la muerte...

Regresaron al salón.

Inger no comió, pero el doctor Bergen lo hizo con mucho apetito.

—Organizaré una gran fiesta esta noche, Azucena.

—¿Para qué?

—Para que te conozcan todos mis siervos.

—Ahora lo ha dicho usted. Son sólo siervos.

—Me obedecen muy satisfechos... Saben que yo les proporcionaré una vida maravillosa.

—Ningún esclavo puede disfrutar de una vida maravillosa.

—Ellos sí.

Inger recordó las palabras de Amapola. ¿No había dicho ella que era feliz en Elvervik?

Sí, la mente de aquellas personas no podía concebir otro mundo que el monstruoso del doctor Bergen.

Había terminado la comida.

—Tendré que someterte a una alimentación especial —sonrió el doctor—. No quiero que adelgaces. Estás justamente como a mí me gustas. Ahora te retirarás a tu habitación... He de hacer unos experimentos.

Bergen apretó un timbre y poco después aparecieron Amapola y Orquídea, que se encargaron de conducir a Inger a la habitación que le había sido destinada.

Antes de que las jóvenes se retiraran, Inger dijo:

—Esperad un momento.

—¿Qué quieres? —preguntó Amapola.

—El doctor Bergen quiere convertirme en la reina de todas vosotras.

—Enhorabuena. Seremos tus servidoras.

—Pero vosotras no podéis consentir eso...

—¿Por qué no?

—Debéis estar celosas...

—No lo estamos. El doctor Bergen tiene derecho a elegir la mujer que más le guste de entre nosotras...

—Pero me ha dicho que tiene veintinueve esposas...

—Sí, es cierto, y aunque no ha elegido a la reina, siempre tiene preferencias por una y otra... Todas queremos por igual al doctor Bergen y ninguna siente celos.

—Pero yo no me conformo con eso... Quiero marcharme... De esa forma, alguna de vosotras podrá llegar a ser reina.

—¿Quieres escapar?

—Sí. Me tenéis que ayudar...

—No sabes lo que dices. Nadie puede escapar de Elvervik...

—Tiene que haber algún medio...

—Estas montañas están lejos de la civilización.

—¿Pero qué país es éste?

—Noruega.

—Es imposible que sea Noruega, no hace frío...

—Claro que no lo hace. El doctor Bergen aclimató este lugar. Ha construido grandes aparatos con un complicado mecanismo... Continuamente están en funcionamiento grandes corrientes de aire caliente... Yo no soy un especialista en la materia. Cuando seas la reina, si quieres saber más, pregúntaselo al doctor Bergen.

—¿Qué hay más allá de las montañas?

—El frío.

—¿Está muy cerca el mar?

—Sí, a unas veinte millas está el fiord.

—¿Cómo se llama el fiord?

—No tiene nombre.

—¿Cómo pude llegar hasta aquí?

—A través del túnel.

—¿Qué túnel?

—El que está más allá del jardín. El túnel siempre está vigilado, y ya has preguntado bastante... Debes abandonar toda idea de escapar... Confórmate con tu suerte, es la mejor de todas... Muy pronto serás tan feliz como nosotras, o quizá más, puesto que vas a ser nuestra reina.

Las dos jóvenes dieron media vuelta y abandonaron la habitación.

Inger se tendió de bruces en la cama y sollozó amargamente.

Poco a poco se fue serenando.

A pesar de lo que le había dicho Amapola, debía intentar escapar. Lo haría aquella misma noche.

Poco después se durmió.

Sonó que era libre, que paseaba por una alegre calle de Estocolmo del brazo de Raymond Duc.

Los dos sonreían.

Y después soñó que él la llevaba a un club nocturno.

Bailaban con las caras muy juntas y Raymond la besaba suavemente en la comisura de la boca.

Entonces despertó.

Ya era de noche.

No, no esperaba un minuto más allí.

Fue hacia la puerta, pero estaba cerrada con llave.

Al fondo había una gran ventana. La abrió.

Por el muro trepaban grandes lianas.

Las tocó y se estremeció porque pensó que pudiesen tener vida. Pero eran las mismas lianas que ella había visto en otros lugares.

El problema consistía en si podrían sostenerla.

Pensó que, de todos modos, tenía que probar porque era su única posibilidad de huida.

Salió por el hueco de la ventana y se aferró a las lianas.

Empezó a descender.

En un momento determinado creyó que se vendría abajo.

Al fin llegó al suelo y lanzó un suspiro de alivio.

Nadie había descubierto su fuga.

Echó a correr por el jardín.

Las plantas carnívoras encerradas en sus cajas quedaban a un lado y a otro.

De pronto sintió un golpe.

Era uno de aquellos vegetales que había descubierto su fuga y golpeaba contra su encierro.

Oyó otros golpes.

Las plantas carnívoras se habían despertado y querían atraparla tratando de romper las cajas.

Empezó a oír ruidos infrahumanos que escapaban de aquellas jaulas malditas.

De pronto, un reflector se encendió en el palacio del doctor Bergen.

El haz de luz zigzagueó por el jardín.

La joven se arrojó al suelo y fue a parar junto a una de las cajas.

Casi pegó la cara al plástico.

Uno de los tentáculos de la planta golpeó justamente a la altura donde ella estaba.

El plástico saltó.

Inger dio un chillido y escapó dando vueltas por el suelo, mientras el tentáculo la buscaba en el aire.

Se puso en pie y echó a correr.

El haz la enfocó.

Entonces oyó al doctor Bergen por un altavoz:

—Vuelve aquí, Azucena...

La joven dio un chillido y siguió corriendo de un lado a otro para escapar del reflector.

—¡Párate de una vez! —ordenó el doctor—. Estas plantas, cuando despiertan en la noche, tienen una fuerza cinco veces superior a la que despliegan de día... Cualquiera de ellas puede salir de su caja.

Inger pensó que el doctor le decía aquello para meterle miedo, y obligarla a que se detuviese.

Siguió avanzando a través de aquella calle.

De pronto sonó una explosión delante de ella.

Se detuvo.

Una de las cajas transparentes había estallado.

Los largos brazos de una planta se distendieron en el aire silbando, produciendo restallidos como látigos.

Inger había quedado indefensa. El pánico se había apoderado de ella y sus piernas se negaban a obedecerla.

Por fin pudo salir de su inmovilidad y quiso correr.

Pero ya era demasiado tarde. Uno de aquellos brazos la atrapó por la cintura y la arrastró con una fuerza irresistible.

Se sintió izada en el aire.

Al recordar al Número 2, lanzó un aullido.

Atrapó el tentáculo con todas sus fuerzas y dio un tirón.

No consiguió romperlo, pero descendió hacia el suelo.

Fue deslumbrada por el haz luminoso que apuntaba hacia aquel lugar.

Dio otro tirón fuerte y sintió cómo el tentáculo cedía.

Trató de rodar para escapar de la planta, pero en aquel momento un nuevo tentáculo se apoderó de ella y luego un tercero.

Estaba irremisiblemente perdida.

Fue levantada con más energía que antes y emprendió el camino hacia la caja.

Otro tentáculo la rodeó por el cuello y empezó a ahogarla.

Iba a perder el sentido.

Así sería mejor. No se daría cuenta de la horrible muerte que le esperaba.

De repente, cayó de nuevo en tierra.

No había llegado a perder el conocimiento.

Se alzó, quedando sentada en el suelo.

Vio dos hombres que se iban acercando con una especie de extintores que enviaban un gas sobre la planta carnívora.

Esta producía terribles rugidos y debatía sus tentáculos.

Uno de ellos atrapó al hombre de la derecha que estaba gasificando a la planta.

Aquel individuo fue estrellado contra el suelo como si fuese un muñeco.

Pero el otro hombre continuó enviando el gas contra la planta, que poco a poco fue disminuyendo la intensidad de sus rugidos.

Los tentáculos se movieron débilmente hasta que colgaron flácidos y quedaron en el suelo.

Inger oyó pasos a su espalda.

Era el doctor Bergen.

—Eres una estúpida, querías morir...

—No, sólo escapar. Pero ahora pienso que si esa planta me hubiese matado, habría sido lo mejor para mí...

—No pensarás lo mismo cuando te haya hecho el tratamiento. Anularé tu voluntad... Creí que no sería necesario, pero ya veo que me equivocaba... Has sido la causante de que uno de mis hombres muera.

—También ha muerto una de sus plantas.

—Sólo está cloroformizada. Le pondremos una caja nueva. Ahora ya basta de charla. Volverás a tu habitación... Amapola y Orquídea te bañarán... Quiero que estés muy hermosa para la cena...

Inger estaba llena de pesadumbre. Había fracasado su fuga y estaba segura de que nunca tendría otra oportunidad. El doctor Bergen estaba decidido a convertirla en una de sus esclavas.

En aquel momento se encendió una luz verde.

—Alguien llega por el túnel —dijo—. Vamos a la casa.

Tomó a la joven por el brazo y la hizo andar aprisa.

Al llegar al salón, Amapola dijo:

—Es el teléfono número tres.

—Dámelo.

El doctor tomó el teléfono de manos de Orquídea.

—Hable...

—Doctor Bergen, acaba de llegar el Número 5.

—¿Y el Número 1?

—Sólo viene el Número 5.

—¿Por qué?

—El Número 5 acaba de informar que el Número 1 murió durante la misión.

—¿Y Raymond Duc?

—Está muerto.

—Traigan al Número 5 al palacio.

—Será cumplida su orden, doctor Bergen.

CAPÍTULO XII

El doctor Bergen se encontraba sentado ante su larga mesa de despacho.

A su espalda había un gran tablero de mandos. Desde él controlaba los servicios de aquel gran tinglado que había construido.

Una bombilla se encendió en la pared. Entonces apretó un botón de la mesa.

La puerta se deslizó suavemente.

El Número 5 estaba en el hueco.

—Adelante, Número 5 —dijo.

Su empleado entró en el despacho y la puerta se cerró a su espalda.

—Número 5, tengo que felicitarte por la muerte de Raymond Duc.

—No lo haga tan deprisa.

El hombre que estaba al otro lado de la mesa se llevó la mano derecha a la barbilla y tiró de allí.

Una máscara se deslizó de su rostro.

Era Raymond Duc.

Al propio tiempo, con su mano izquierda estaba sacando la pistola de la axila.

El doctor Bergen estaba inmóvil en el sillón, aun cuando habían transcurrido sólo segundos y no hubiese tenido tiempo para nada.

—Doctor Bergen —dijo Raymond—, no vacilaré en volarle la cabeza, de modo que levante las manos y no las acerque a ninguna parte.

—¿Quién es usted?

—¿No lo imagina?

—Raymond Duc.

—Sí, doctor Bergen, un policía francés que recorrió mucho

camino hasta lograr verle la cara.

—¿Cómo ha podido conseguirlo?

—Haciendo cantar al Número 5.

Los ojos del doctor destellaron intensamente.

—Es usted listo.

—Se supone que debo serlo para echar mano a tipos como usted.

El doctor Bergen esbozó una sonrisa.

—Me gustan sus maneras, señor Duc.

—Gracias. A mí no me gustan las suyas. Ha asesinado a mucha gente...

—Era necesario.

—¿Por qué era necesario matar a Serge Ivanov y Lionel Fleming?

—Ellos trataron de matarme a mí.

—¿Cuándo?

—En 1962.

—¿Por qué razón?

—Cada uno de ellos quería que trabajase para su gobierno. Habían sido comisionados para realizar ese trabajo de captación. Los dos estaban dispuestos a pagarme mucho dinero. Naturalmente, también alegaron razones políticas, pero ninguno de ellos me convenció. Debo decirle que Ivanov y Fleming sólo tenían una idea aproximada de lo que yo había conseguido en el campo de la botánica. Pero al fin lo supieron, quizá por alguna filtración de uno de mis colaboradores... Sus dos colegas se pusieron de acuerdo. Estaban asustados del poder que yo podía tener sobre el mundo, un poder que no estaba dispuesto a vender ni a los rusos ni a los americanos. Me hicieron su prisionero y me metieron en un automóvil. Lo lanzaron a cien millas por hora por un barranco... Antes lo habían preparado todo diciendo que yo iba a pronunciar una conferencia para informar al mundo sobre una estupidez...

—La habitabilidad de Júpiter.

—Eso es, señor Duc. Yo había estado en la clínica del doctor Gabler, y teniendo en cuenta el tema de mi conferencia, sería fácil deducir que yo estaba loco si desaparecía... Pero se equivocaron en una cosa.

—No murió.

—El coche me escupió al sobrevenir el primer choque. Me

produje algunas lesiones, pero las di por buenas. El auto se hundió en el mar, y supuestamente, yo tenía que estar dentro.

—Los dos agentes no le podían hacer daño... Estaban retirados.

—Sí, y quiero creer que se retiraron después de mi supuesta muerte. Los dos debían de estar demasiado impresionados por el poder que yo hubiese podido utilizar contra el mundo.

—Así que los mató por venganza.

—También por precaución. No podía consentir que estuviesen vivos cuando empezase mi guerra particular contra los humanos. Apenas desencadenase mi primera ofensiva, ellos se hubieran presentado ante sus gobiernos respectivos para ponerles al corriente de lo que se trataba. Habrían deducido que estaba vivo.

—¿Por qué mandó asesinar al doctor Gabler?

—Por la misma razón. Durante mi estancia en la clínica, y en momentos de depresión, le informé al doctor Gabler de algunos detalles sobre lo que era el mundo hace un millón de años. También él hubiera podido establecer una pista. Además, el doctor Gabler no me era simpático. En el fondo, se burlaba de mis afirmaciones acerca del mundo vegetal.

—Ya sólo queda su colaborador, el doctor Stromberg.

—Un renegado. Un hombre que tenía muy poca fe en sí mismo. Conmigo hubiera podido ser una eminencia, pero estaba impresionado por la tarea que íbamos a emprender. Últimamente se sentía arrepentido.

Era un peligro tenerlo a mi lado. Por ello decidí acabar con él. Mandé que le inoculasen una droga de las que ustedes desconocen, pero que muy pronto conocerán porque millones de seres humanos van a morir de la misma enfermedad que el doctor Stromberg.

—Ya no va a matar a nadie, doctor Bergen.

—Usted es más inteligente que el doctor Stromberg. Va a trabajar para mí.

—Levántese, doctor Bergen, me va a acompañar hasta donde se encuentra Inger.

—No le puedo acompañar porque está muerta.

—Ahora habla como un estúpido, doctor Bergen. Me informé por las personas que me trajeron hasta aquí. Sé que ella está viva. Intentó escapar, pero no lo logró. Y también estoy enterado de su decisión de convertirla en reina de este mundo vegetal que usted

quiere crear sobre nuestro planeta.

—Por última vez, señor Duc, le invito a que se una a mí.

—Mi respuesta sigue siendo la de antes. Destruiré todo cuanto ha organizado, doctor Bergen, y le haré pagar sus crímenes.

—Está caminando hacia su perdición.

—Eso ya lo veremos. Ahora, obedézcame o lo mato.

—No hace falta que dispare. Iré con usted.

—Una advertencia, doctor Bergen. Si alguno de sus hombres intenta detenerme, usted sufrirá las consecuencias.

—Aquí soy yo el que manda, de modo que no tiene que preocuparse. Pero para salir tendremos que apretar uno de los botones.

—¿Qué botón la abre?

—El tercero empezando a contar por la derecha.

—Por su bien, espero que no se equivoque. Apriételo.

Bergen pulsó el botón y la pared de la derecha se deslizó.

A la otra parte no había nadie.

—En marcha, doctor Bergen —ordenó Raymond. Cruzaron por un corredor y el doctor se detuvo.

—Tenemos que subir a la segunda planta en ascensor.

—Muy bien, subiremos.

Se introdujeron en la jaula y el doctor Bergen la puso en movimiento.

—¿Cómo espera escapar de aquí, señor Duc?

—Llevándolo a usted como rehén.

—¿No trajo usted ayuda?

—Conferencí con mi jefe en París para informarle de la situación, y me dijo que pondría todo su empeño en convencer a la policía noruega de lo que está pasando aquí. Mi propio jefe dudaba mucho de que consiguiese ser escuchado. Es difícil que alguien crea que en un punto tan lejano del globo, en unas condiciones atmosféricas supuestamente polares, usted ha podido construir un mundo como éste.

—Sí, nadie lo puede creer. El genio siempre ha sido incomprendido. Pero siempre termina por imponerse, aun en las peores circunstancias.

El ascensor llegó a su destino y se abrió la puerta. Salieron a otro corredor.

—La habitación de Inger está al fondo —dijo el doctor.

Echaron a andar en aquella dirección.

El doctor apretó un botón en la pared y la puerta se deslizó hacia un lado.

Inger se quedó asombrada al ver aparecer al joven.

—¡Raymond! ¿Cómo has podido llegar hasta aquí?

—Es muy largo de contar... Ahora lo importante es salir.

Bergen miró a los ojos de la joven.

—Debes quedarte conmigo, Azucena. Renuncia al mundo de Raymond Duc... El que yo te ofrezco es mucho mejor.

—Guárdese para usted, doctor Bergen.

De pronto se oyó una voz procedente de un micrófono.

—Doctor Bergen, sabemos que es usted prisionero... Al habla su lugarteniente, el doctor Klein.

—La joven y Raymond Duc pretenden escapar —repuso Bergen —, me quieren llevar como rehén... El señor Duc no me lo ha dicho, pero imagino que por el Número

5 ha

sabido la existencia de los gases venenosos que matan a las plantas... No tengo la menor duda de que el señor Duc tratará de terminar con nuestro mundo en cuanto lleguemos al túnel. Por eso mis órdenes son éstas: ¡Acaben con ellos antes de que lleguen al túnel!

—¿Y usted, doctor Bergen?

—No se preocupen de lo que me pueda pasar a mí.

—Entendido, doctor Bergen.

Ahora el doctor miró con ojos desafiantes a Duc.

—¿Ha oído eso?

—Sí, no me he perdido palabra.

—Creo que estamos empatados, señor Duc. Por ello, es conveniente para ambos que lleguemos a una transacción.

—¿Cuál sería?

—Yo los acompañaré hasta la entrada del túnel y ustedes podrán marcharse.

—Ahora es usted el que me toma a mí por tonto. Usted no cumpliría. No, doctor Bergen, usted vendrá con nosotros. No creo que usted se decida a morir. Me inclino a creer que la orden que dio no debe ser exacta, sino una clave. De todas formas, saldremos de

dudas ventilando la partida entre usted y yo.

—Como usted guste.

—Camine delante de nosotros y la advertencia que le hice antes sigue valiendo para ahora.

Cruzaron por el salón que se utilizaba como comedor y salieron a la terraza.

En el jardín no había nadie, sólo aquellas grandes cajas donde se guardaban las plantas carnívoras.

Al fondo se veía la montaña en la que se ubicaba la pesada puerta del túnel.

Echaron a andar por una de las calles a cuyos lados estaban las plantas. Éstas empezaron a moverse cada vez con más rapidez y a golpear las paredes con sus tentáculos.

La puerta del túnel estaba guardada por un hombre casi desnudo con aspecto de mogol, cuya cabeza en forma de huevo estaba rapada. Parecía una estatua.

De pronto, el doctor Bergen dio un manotazo a la mano armada de Duc y echó a correr hacia la derecha.

En un momento desapareció tras una de las cajas.

Sonaron varios disparos de una metralleta.

Raymond tomó la pistola e hizo fuego sobre el mogol que estaba utilizando el arma.

Lo acertó dos veces y el gigantón se abatió aparatosamente.

—¡Vamos al túnel, Inger!

Raymond tomó a la joven por la mano y los dos echaron a correr a un tiempo.

Una lluvia de balas les llegó desde la casa.

Raymond atrapó la metralleta que había manejado el mogol.

El doctor Bergen gritaba desde detrás de una de las cajas.

—¡Disparad sobre la puerta! ¡Que no la abran!

Raymond dio un empujón a Inger mandándola tras una roca.

Luego se echó la metralleta a la cara y disparó contra la caja tras la que se escondía el doctor Bergen.

La caja de plástico estalló, pero enseguida Raymond tuvo que dejarse caer en el suelo porque los proyectiles que le mandaban desde la casa estaban picoteando a su alrededor.

Un alarido rasgó el aire.

Había brotado de la garganta del doctor Bergen.

Duc miró hacia allí y vio que el doctor era prisionero de la planta que había quedado libre de su encierro al estallar éste.

—¡El gas...! —gritaba el doctor—. ¡Socorro! ¡A mí...!

Trataba de luchar contra los tentáculos que se habían apoderado de él. Pero sus esfuerzos resultaban inútiles.

Ya estaba cerca del tronco de la planta, y su cara se crispó en una mueca de terror.

Duc aprovechó aquellos momentos de confusión para abrir la puerta.

—¡Vamos!

Inger se deslizó por el hueco.

Raymond miró hacia atrás y vio que el doctor había sido absorbido por la planta.

Raymond se introdujo en el túnel.

A la derecha, excavado en la piedra, estaba el servicio de emergencia.

Sí, el doctor había acertado. El Número 5 le habló de la llave que ponía en marcha un gas venenoso capaz de matar a las plantas que se encontraban en aquel jardín monstruoso.

Atrapó la llave y sin vacilar, la manejó de un solo golpe.

No tenía tiempo para examinar sus resultados.

Se reunió con Inger, que lo esperaba unas yardas más allá.

—Tengo un helicóptero fuera...

Salieron del túnel y treparon por la montaña. Enseguida llegaron al lado del helicóptero.

Raymond ayudó a subir a la muchacha y lo puso en movimiento.

El aparato se elevó por la montaña y descendió sobre el valle en que el doctor Bergen había construido su mundo.

Ante sus ojos apareció una escena espeluznante.

Las plantas se estaban muriendo por efecto de los gases que habían salido de las cajas en que estaban encerradas.

Las jaulas estallaban y las plantas carnívoras aullaban como verdaderos animales en los estertores de la muerte.

En aquel momento Inger y Raymond oyeron un zumbido.

Por lo alto de la montaña vieron aparecer varios helicópteros en cuyos flancos se leía claramente la palabra «policía».

El primero de ellos disminuyó su marcha y quedó casi inmóvil, cerca del que tripulaban los jóvenes.

—Imagino que es usted el señor Duc —dijo un hombre de bigote blanco—. Parece que llegamos a tiempo.

Raymond dio un suspiro.

—Sí, inspector. Llegaron a tiempo para hacerse cargo de lo que queda y para hacer un testimonio completo, aunque me temo que lo van a creer muy pocos.

—Eh, tiene que quedarse para declarar.

—Le prometo que iré a visitarlo en donde usted me diga.

—Oficina Central de la Policía de Oslo. Soy el inspector Honoking.

—Descuide, inspector Honoking... Allí estaré mañana mismo.

Inmediatamente, Raymond hizo que su helicóptero reemprendiese la marcha para salir de aquel agujero.

Inger le echó los brazos al cuello y lo besó en la boca.

—Eh, nena, tengo que pilotar, y no puedo hacer dos cosas al mismo tiempo... Quiero decir, en la debida forma.

—¿Por qué no quisiste bajar con el inspector Honoking?

—Es la mar de sencillo. Porque quiero dedicarme a cierta muchacha llamada Inger Tesman.

Ella lo besó de nuevo en la boca y esta vez Raymond no protestó.

El helicóptero se puso a dar bandazos en el aire, como si bailase un vals, mientras continuaba su camino hacia la civilización.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

